

ÁRBOL INVERTIDO

2013 / No. 58 / mayo-agosto



Árbol Invertido

«Revista Literaria de Tierra Adentro»
II Época / No. 58 / 2013 / Mayo-Agosto
Ciego de Ávila, Cuba

Fundada el 15 de febrero de 2005
Proyecto independiente
(I Época: Mensual, 2005-2009, números
1-56)

Ilustraciones: fotos de Francis Sánchez
Diseño y multimedia: Santiago Bermúdez

Director y realizador: Francis Sánchez

Dirección:
Calle Martí, 352, e/ Estrada y Chicho Torres,
Ciego de Ávila, Cuba, cp. 65200

arbolinvertido@gmail.com

*¡Libertad, por tu amor en la patria
Que con ojos del alma contemplo
Cada monte conviértese en templo,
Cada palmo de tierra en altar!*

FRANCISCO DÍAZ SILVEIRA

La verdadera libertad no crea un impulso
autónomo inexorable, sino un ajuste
querido en cada parte. No la confiere la
elección (principio popular) sino la visión
(principio aristocrático).

FINA GARCÍA MARRUZ



Árbol talado • Ileana Álvarez / **4**

Poesía de Jorge Olivera / **5**

Los aretes que le faltan a la luna • Ángel Santiesteban / **8**

Volver (fragmento) • Magaly Alabau / **15**

CÁMARA DE LAS BALANZAS

La travesía • Ileana Álvarez / **21**

PALMA NEGRA

Señal de humo por la libertad de Ángel Santiesteban • Francis Sánchez / **26**

¿Es tan fácil hacer un blog en Cuba, Silvio? • Francis Sánchez / **29**

El castigo que no cesa • Francis Sánchez / **32**

DÍA~LOGOS

Wittgenstein • Arturo Dorado / **38**

Conferencia sobre ética • Ludwig Wittgenstein / **46**

RAÍZ AL CIELO

Reportes de viajes: Viaje a un corazón de Cuba / El paraíso en la otra esquina • Henry Constantín / **55**

JARDINES INVISIBLES

Poesía en homenaje al más cercano amigo • Odette Alonso, Otilio Carvajal, Luis Manuel Pérez Boitel, Francis Sánchez, Senén Orlando Pupo / **60**

RAMAS ADENTRO

Novás como un árbol • Grupo Literario Árbol Invertido / **64**



ÁRBOL TALADO

ILEANA ÁLVAREZ

(Ciego de Ávila, 1966). Graduada de Filología en la Universidad Central de Las Villas (1989). Máster en Cultura Latinoamericana. Directora editorial de la revista *Videncia*. Tiene publicados, entre otros, los títulos: *Libro de lo inasible* (1996), *Oscura cicatriz* (1999), *El protoidioma en el horizonte nos existe* (2000), *Los ojos de Dios me están soñando* (2001), *Desprendimientos del alba* (2001), *Inscripciones sobre un viejo tapete deshilado* (2001), *Los inciertos umbrales* (premio «Sed de Belleza», 2004), *Consagración de las trampas* (premio «Eliseo Diego», 2004), *Trazado con cenizas* (Antología personal, Ed. Unión, 2007), *El tigre en las entrañas* (Crítica, 2009), *Escribir la noche* (2011), *Trama tenaz* (2011) y *Profanación de una intimidad* (ensayo, 2012).

Como un sauce talado en su hermosura mayor
me han puesto bocarriba.

Puedo sentir el peso de los pájaros
sobre el rostro ya herido en el azul más puro,
el peso de las cúpulas tras el albor sumidas,
y en mí lejano, inalcanzable.

Ya no he de andar. ¿Acaso alguna vez crecí?

¿Bajo los pies de piedra
fueron ciertas las aguas?

No sentiré el arpa silenciosa de la tarde
en el dolor del tráfago.

Se secará la herida.

La raíz, sujeta a mi dolor más niño
ofrendará la desmemoria.

Desde aquí, he de soñar la tierra húmeda,
entre mis manos vírgenes, las criaturas del polvo
escapando en espirales hacia la luz ausente.

Extendido, he de soñar el arco en el crepúsculo,
las torres y campanas a la contemplación fugándose,
la honda hierba de las encrucijadas, el abejeo
por los grávidos cielos del retorno.

Ahora, qué han de decir
contra el imposible de la sombra,
la fruta madura y el sudor
en la abundancia de las manos que sanan.
Qué dirán del golpe en el recuerdo enmohecido,
las altas noches goteando sobre el ojo inútil.
Soy un árbol talado y florecido.

POESÍA

JORGE OLIVERA CASTILLO

(La Habana, 1961). Ha publicado los libros: *Confesiones antes del crepúsculo* (poesía, Miami, 2005), *Huésped del Infierno* (cuento, Cádiz, 2007), *En cuerpo y alma* (poesía, Praga, 2008), *Antes que amanezca y otros relatos* (cuentos, Buenos Aires, 2010), *Cenizas alumbradas* (Varsovia, 2010) y *Sobrevivir en la boca del lobo* (poesía, Madrid, 2012). Fue condenado, el 18 de marzo de 2003, a 18 años de privación de libertad en la causa conocida como la Primavera Negra, por ejercer como periodista independiente. Actualmente se encuentra bajo una licencia extrapenal por motivos de salud, tras ser excarcelado el 6 de diciembre de 2004. Miembro de honor del PEN Inglés y el PEN Checo. Presidente del Club de Escritores de Cuba.

ADVERTENCIA

La historia es una cárcel de mayor rigor
sale al patio cada vez que puedas
no pienses en la fuga
es inútil y peligroso.

EXPECTATIVA

No me atrevo a caminar entre las penumbras.

Todavía recuerdo el último tropiezo
el estruendo de la caída
y la incomodidad de las vendas
sobre las heridas.

Oh, luz ausente y salvadora
¿cuándo harás acto de presencia en mis espacios nublados?

Esperaré pacientemente por el resplandor de tus miradas
No me atrevo a caminar entre las penumbras.

TRAVESÍA

El mar reposa en nuestros ojos
los pájaros cantan entre el follaje de los árboles
y un barco aparece en el paisaje.



Con un salto lo abordamos
sin averiguar su destino.
y desde la cubierta
vemos alejarse el litoral de la Habana Vieja.

El mar reposa en nuestros ojos
los pájaros cantan entre el follaje de los árboles
y en la esfera del reloj aparece la hora del regreso a casa
el momento de abandonar el banco de piedra
situado junto a la fuente de mármol
sembrada en el centro del parque.

TERQUEDAD

Dicen los sabios que la vida es un bostezo a medias
un trazo neblinoso en el horizonte
en los intersticios de su brevedad
redoblo mis empeños por llegar a viejo.



SANO Y SALVO

No tengo condecoraciones
tampoco cicatrices que impresionen
ni miembros amputados.

Siempre me las arreglo para salir ileso
de los cañonazos y las balas de odio enriquecido
que rompen el molde de la cotidianidad.

En el fragor de los combates
refuerzo mis barricadas.

Detrás de las columnas de libros
soy invencible.

LOS ARETES QUE LE FALTAN A LA LUNA

ÁNGEL SANTIESTEBAN PRATS

(La Habana, 1966). Narrador y graduado en Dirección de cine. Egresado del I Curso de Técnicas Narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. En 1989 obtuvo mención en el Concurso Juan Rulfo, de Radio Francia Internacional. En 1990 gana el premio nacional de Talleres Literarios. En 1992 resulta finalista del premio Casa de las Américas. En 1995 obtiene el premio UNEAC por su libro de cuentos *Sueño de un día de verano*. Gana el premio «Alejo Carpentier» en 2001 con su libro de cuentos *Los hijos que nadie quiso*. Obtiene el Premio Casa de las Américas en 2006 con el libro de cuentos *Dichosos los que lloran*. Ha recibido el premio internacional «Franz Kafka» 2013 por su novela *El verano en que Dios dormía*.

A Ileana, que conoce el calor de verano.

Siente en su espalda todo el peso de la noche. Saca un espejito y se retoca con polvo para ocultar las ojeras. El taxista la mira por el retrovisor y no puede reprimir una sonrisa cínica, sabe que huele a sexo. Cuando extiende el dinero él aprovecha para tocarle la mano, la detiene por unos instantes, pero decide soltarla al ver su mirada molesta. Como siempre, al bajar del auto estira el cuerpo y trata de ocultar cualquier malestar; responde a los vecinos que la saludan desde los balcones, los portales, y ella, pacientemente, saca de la jaba grande pequeñas jabitas con desodorante, jabones, pasta dental, y las entrega, y ellos estirando los brazos, desesperados, su obligación, dice, su cruz, y logra por fin acercarse a la casa. La madre está en la puerta y la hala por el brazo. Vamos, amor, que no eres Dios, le quita lo que ha quedado de la jaba, y la sienta en el sofá, el esposo le alcanza un cojín para que ponga los pies, y le va quitando los zapatos, las medias, le da masajes, se los besa, la abuela trae una bandeja con café y jugo de naranja, bien frío para mi niñita, que no deberías darle nada a esa gente, no lo agradecen; además, los santos se pueden poner celosos, porque la suerte que te brindan no debieras regalarla sin su consentimiento, siempre te lo digo, y hace un gesto para besarla, pero la rechaza, estoy extenuada, dice, pero me tengo que ir rápido. Una cita, ¡ah, qué pena!, lamenta la abuela, pensaba prepararte una comida deliciosa, pero bueno, primero el trabajo, después los placeres, dice sin pensar y se apena por las miradas de reproche de su hija y del esposo de la nieta, aunque Xinet continúa con los ojos cerrados, como



si no hubiese escuchado, o no le importara. La madre interrumpe y lee la libreta de notas: llamó Alicia, que sólo te queda esta semana para hacerle la carta al rector anunciando el fin de la licencia académica, y la próxima reincorporación a los estudios. Pasa un rato callada, no sé si pueda, mamá, cuando uno entra en esto es difícil salir, he engañado a tanta gente, todo se convierte en una madeja imposible de desenmarañar, los compromisos, abandonar el nivel de vida, porque lo saben, ¿verdad?, se acaban los buenos gustos y volvemos a lo mismo, la abuela se persigna y mira a su virgencita de la Caridad, la madre estruja la libreta de notas y el esposo baja la cabeza, todo se resume en un denso silencio interrumpido por la madre que continúa con la lectura de la libreta; ahora es Berta, la vecina, que por favor, le llegó del campo una hermana del esposo, quiere que le des un minimotoécnico, lugares, horarios, tarifas, a ver si la muchachita se encamina y sale adelante, porque allá en su provincia la cosa está peor que aquí, dice la madre y hace una pausa, que no sabe los meses que no dan jabón ni pasta de dientes, la gente lava con hierbas y esas cosas de indígenas, eso para ni contarte de los alimentos, ¿a dónde vamos a ir a parar, virgencita?, se lamenta la abuela, y Xinet abre los ojos, quita los pies del almohadón, dice que es malo quejarse por gusto, y la abuela apenada se pone la mano en la boca. Xinet necesita descansar, que a la pariente de Berta le diga que mañana venga a verla, porque de verdad que hoy está extenuada, y mueven la cabeza diciendo que sí, y se levanta y entra al cuarto mientras la madre cierra las ventanas para aislarla del ruido. El esposo la sigue, entra también al cuarto, se sienta en la cama a mirarle el pelo sobre la espalda, sabe que no le gusta que la toquen hasta que se bañe, hasta que no se quite cada huella o residuo de olor que le recuerde de dónde viene, y reprime las ganas de besarla o acariciarla, porque se molesta, ni a ella misma le

gusta tocarse. Él permanece inmóvil, atento a cualquier petición, para de alguna manera sentirse útil. Mira al lugar en que debería estar la foto de la boda, ahora escondida, evoca imágenes de la luna de miel, la convivencia, después las cosas que comenzaron a faltar, la comida, el jabón, el aceite, las ollas vacías, el día en que sus compañeras de aula la trajeron con fatiga, la humillación, la certeza de vivir un tiempo de crisis donde hay que apartar el amor para arañar la tierra. No sabía qué hacer y se desesperó hasta que lo detuvieron por revender piezas de bicicletas, conocer la estación, sus celdas, los gritos y empujones de los policías, la multa elevadísima, la opción cero para la casa, el caos. Entonces la aparición de aquella amiga, nos ayudaría a resolver el problema, recuerdas que dijo, Xinet sólo tendría que salir por las noches con ella, al principio eran dos o tres horas, luego fueron aumentando. Y ahora se mueve sobre la cama, lo mira y sonríe, ¿sufres, mi amor?, y él niega apretándole los pies, los besa y se excita y le muerde las rodillas, los muslos hasta que ella lo aparta y se dirige al baño. La sigue y se sienta sobre la taza mientras ella se ducha, espera un rato en silencio, ¿estás ahí, mi amor?, sí, mi niña, le responde: siempre voy a estar aquí, y ella: por favor, dime algo diferente, ¿diferente?, sí, algo nuevo, eso, lo importante es que sea nuevo, y él piensa ¿qué puede ser nuevo?, se levanta, mira al techo, las paredes, los pies, y el espejo, y en el espejo hay otro hombre distinto mirándolo, que dice yo, y él sigue observando al recién descubierto. Ella saca la cabeza detrás de la cortina, sale y se detiene a sus espaldas, mira también al hombre del espejo, después a él, ¿quién es? Y le responde con un movimiento de hombros, ¿te pierdo?, insiste ella, fue de mutuo acuerdo, ¿no? Sí, le responde, sabía ya lo de no soportar las miradas ajenas, pero ahora no puedo con la mía tampoco, estoy convencido de que no resulta, encerrado entre estas paredes, imposibilitado de poder



aportar un dólar a esta casa, esperándote entre dos mujeres, que no lo dicen pero lo piensan, me siento el zángano de la colmena, ¿me entiendes?, regresa al cuarto y lo deja allí con el desconocido del espejo que mantiene una ligera sonrisa. Se viste, después el arreglo frente al espejo, y se observa, ¿soy yo?, ¡qué importa!, le dice la otra y sonrío, la de acá mueve los hombros y esboza también una sonrisita cómplice, mira al baño, todavía está allí, palpándose el rostro. Al principio siempre es así, piensa, luego se acostumbrará, y sale del cuarto, de la mesa se levantan la abuela y la madre, come algo antes de irte, hijita, no puedo, aunque sea algo ligero, abre la puerta de la calle y se inventa una amplia sonrisa que mantendrá hasta el regreso. Xinet, la llama, y es él acercándose, ¿cuál eres?, le pregunta, no sé, le dice besándola en la frente, ¡suerte!, le grita cuando se aleja apresurada. Muchas manos la despiden y los niños juegan a su alrededor pidiéndole chicles y caramelos que promete para la vuelta. Y se aleja y le hace señas a un auto de alquiler: Universidad de La Habana, por favor, le dice al chofer y se lleva un chicle a la boca. El auto es viejo y de cada tornillo le salen decenas de ruidos. Xinet le da varias vueltas al chicle y lo escupe por la ventanilla. Mira lo que fue la Calzada de Jesús del Monte, los portales oscuros por el tizne de los gases de los ómnibus, y sus colas interminables; horcones que sostienen la mayoría de las casas y apuntalan techos por donde se filtran la lluvia y el sol, viejos agachados por las aceras que cambian o revenden cigarros al menudeo, exhiben aguacates, manos de plátanos, tiendas cerradas con sus lumínicos rotos. Después cierra los ojos. No quiere pensar, pero le es imposible apartar la imagen del rector, saber que el sueño de ser una profesional se le escapa. Cuando los abre están pasando frente a la escalinata, aquí, por favor, le avisa, y el auto frena bruscamente. Ella se queda esperando para que le diga cuánto cobrará, el chofer gira la

cabeza y le recorre el cuerpo mientras calcula, levanta tres dedos, y Xinet saca tres dólares de la cartera, se baja y va hacia la escalinata, para que el Alma Mater, la virgen de los estudiantes, le cuide las espaldas. Camina temerosa por la avenida. Constantemente se revisa la ropa y arregla algún detalle. Mira hacia la izquierda, más allá está el rostro de Mella, tan serio y hermoso. Cómo le hubiera gustado haber sido Tina Modotti. Reconoce por el lazo las últimas flores que le compró, ya están marchitas, se dice. De repente siente vergüenza porque le parece que Mella la observa severo y frío como el bronce, ¿disgustado?, ¿con nosotras?, ¡si solamente intentamos sobrevivir!, muy cerca hay otra muchacha que pide botella y la mira molesta, porque siente la amenaza, le pertenece el espacio de la acera por derecho de llegada. Xinet rápidamente comprende, y para que sepa que no la va a importunar ni está pescando, se aleja del borde de la acera y mira con insistencia el reloj. La otra capta el gesto y se desentiende para seguir en lo suyo, hasta que se asusta y lo baja con rapidez, camina apresuradamente hacia la parada y trata de confundirse entre la gente; enseguida Xinet se percata del peligro y se sienta en la escalinata, saca un libro de no sabe qué asignatura, lee, subraya con un lápiz, marca con asteriscos, y ya pasa el patrullero, lento, las miradas amenazantes, pero a ella sólo le han marcado una advertencia gracias al carné de estudiante universitaria: no tiene la culpa si frente a donde estudia hay un hotel que ofrece turistas a las muchachas sin pudor, el auto sigue, alcanza a la muchacha casi en la parada, la llaman, saludo militar, carné de identidad, por favor, lo entrega, acompañenos, y desde el patrullero que se aleja, a través del cristal trasero, la joven observa con envidia a la estudiante absorta en su lectura. Xinet, cierra el libro rezando: Alma Mater, por favor, concede que me recojan antes de que esos den la vuelta; después a Mella, con su rostro inalterable, no



seas malito, sabes que no me gusta hacerlo, y sabes que el hambre gusta menos, no olvides tu huelga en la Cabaña, lo flaco que te pusiste, anda, ayúdame en esta, te prometo traerte más flores, pero no me abandones, te lo pido por la relación que tú también tuviste con una extranjera. Una vieja pasa vendiendo maní y la interrumpe, un loco registra el latón de la basura en la esquina, allí mismo un joven se lanza sobre los autos para limpiar los parabrisas; algunos le dan propina, otros sólo le sonrían; unos niños piden chicles y moneditas a los turistas. Y ahora es otro auto, que avanza también con suavidad, desafiante, pero que la hace sonreír, se detiene, y antes de entrar, Xinet le hace un guiño al Alma Mater, y le tira un beso al busto de Mella, los adoro, dice entre dientes y el hombre pregunta *what?*, y refuerza la sonrisa besándole la mejilla, levanta el dedo pulgar, todo bien, él saca un mapa y ella cierra los ojos y traza círculos con el dedo. Sabe que eso les da gracia, son tan simples, les gusta que las cosas parezcan originales, aunque sepa exactamente dónde cae el dedo, tiene el mapa medido, un lugar sencillo, barato y apartado, *what?*, repite, Dos Gardenias, *wonderful!*, y sonrían, buscan el lugar por las grandes avenidas limpias, con césped recién cortado y lumínicos de colores; llegan al restaurante, varios niños se les abalanzan, ofrecen cuidar el auto, fregarlo, les abren las puertas amablemente. Beben, comen, él la mira con deseo, Xinet se muestra complacida, las manos agarradas, todavía no se ha dejado besar, "táctica y estrategia", piensa y sonrío, aún no sabe qué sacar de él; multarlo sería rápido y darle una tarifa más fácil, pero le gusta jugar, conocer hasta dónde puede llegar, quizás encuentre al que la saque definitivamente de la calle, no pide mucho, ni edad ni belleza ni que sea soltero, sólo buenos ingresos para poder terminar los estudios sin fatigas ni mareos; interrumpe el silencio cuando abre el mapa, *house?*, rápidamente calcula, cayó en el

jamo, puede sacarle algo más, y le señala el barrio, la casa, y él complacido le pide entre palabras y gestos que quiere visitarla; se niega, mi familia no sabe, y pone rostro de susto, de pánico, pero él insiste, dice que es bueno, y le enseña el pasaporte: *single*, queda un rato haciéndose la reflexiva, y piensa por qué las cosas siempre salen iguales, como en un guión; le gustaría que se mantuvieran así, no le agradan las sorpresas; ya tiene experiencia, y cada vez le es más fácil manejar las situaciones; está bien, acepta y vuelve a hacer el gesto con el pulgar, *okey?*, confirma, le señala, te harás pasar por *teacher, teacher?*, Sí, *yes, visit a la university, okey, yes*, se pone la mano sobre un seno, como asustada por lo difícil de la situación, y él pone cara de payaso que gusta de las situaciones difíciles, afuera hay varios niños alrededor del auto a quienes reparte moneditas, y se encaminan a su casa; antes, detiene el auto en un lugar cualquiera, compra cervezas, refrescos, vino, y regresa alegre, Santa Claus y la Caperucita, piensa Xinet, mientras él aprovecha para liberar una mano del timón y tocarle una pierna, y se la rechaza, *bad boy*, le repite y acepta un beso antes de llegar al barrio; detienen el auto frente a la casa, los vecinos inventariando las jabas, los niños que se quedan alejados y la saludan con un gesto cómplice; llegan hasta la puerta, el timbre, aparenta estar asustadísima y se lo hace evidente, aunque sonrío también, está segura que ha logrado ponerlo nervioso. La madre abre la puerta, recibimiento de familia bien llevada, después la abuela, otro beso, y sale el esposo, no sabe si el de antes o el nuevo del espejo, mi hermano, dice y los presenta, y el muchacho sonrío, después un beso en la frente como hermano, pero siéntese, por favor, pide la madre, y lo sientan en el sofá, y todos alrededor quedan mirándola, evidentemente pidiendo, exigiendo una explicación para esa situación tan particular y embarazosa, que el hombre compruebe que no es usual una visita extranjera, y

Xinet se limpia la garganta y lo presenta como profesor, *teacher*, la ayuda él, *teacher?*, sí, mamá, una visita a la escuela, y el hombre asiente, ha querido conocer una familia cubana, compartir, se esfuerza por explicar, ¡ah, ya!, entiende finalmente la madre, ¿desea café?, *what?*, *coffee*, dice la hija, *oh, yes, coffee!*, y la abuela corre a la cocina y se quedan mirando sin decir nada, pregunta por el father, y la madre le asegura que falleció hace años, desde entonces ella ha tenido que tomar las riendas de la casa, usted sabe, dos hijos, ¡cómo andan las cosas hoy día!, la crianza se hace muy difícil, dice mientras se imagina a su esposo en alguna playa de Miami bebiendo cervezas y comiendo tamales; la abuela pregunta desde la cocina si se lo hace cortadito, y la madre se levanta para decirle al oído que es la primera vez, se supone que no sepan la forma de hacerlo en su país, deben esperar a que les explique, para luego, como si lo hubiesen recién aprendido, preparárselo en la siguiente oportunidad, y el hermano pregunta ¿de dónde es?, y no entiende, la madre que regresa sonriente piensa que con los italianos, brasileros y franceses es mucho más fácil, y siguen los gestos para que comprenda, y logra entender, *oh, yes, house, Toronto!*, ¡ah, qué bien!, canadiense, dice la abuela mientras trae las tazas de café cubano, mi sueño era visitar las Cataratas del Niágara, la belleza más grande del mundo, y mira a su hija porque esta vez no se confundió con las otras variantes, según la nacionalidad: la torre de Pisa, Copacabana, o la torre Eiffel, y el visitante huele el café y cierra los ojos, *wonderful!*, y lo bebe con delicadeza, después las cervezas y el vino, la abuela prepara mariquitas, tostones, conversan, cerca de la medianoche decide retirarse, y ya en la puerta dice con gestos y algunas palabras apenas comprensibles y otras que adivinan o suponen, que ha pasado una velada maravillosa, les besa las manos a la madre, a la abuela, después un abrazo al hermano, y Xinet lo acompaña has-



ta el auto, *tomorrow?*, sí, mañana, se besan en la mejilla y le aprieta la mano y las nalgas y quiere besarla en la boca, ella lo aleja sonriente, él no insiste, abre la puerta y dice *bye!* desde el auto en marcha. Entran, cierran la puerta, caen exhaustos sobre los muebles, pensaba que nunca se iba a acabar, dice la madre, ¿creen que de verdad le gustó el café?, indaga la abuela, da igual, dice Xinet mientras se dirige al cuarto, y el esposo la sigue, la ayuda a quitarse los zapatos. Ella entra al baño y desde la ducha le pide que le cuente algo viejo, ¿algo viejo?, sí, muy viejo, y él piensa, se mira los pies, el techo, se levanta, el espejo que vuelve a decir yo, y se palpa el rostro. Entonces ella sale del baño, se acerca y también descubre que en el espejo hay un anciano, te perdí, afirma Xinet, y él mueve los hombros; entran al cuarto, le ayuda a peinar su pelo largo frente a otro espejo mayor, donde observan a un anciano que peina a otra anciana. Después hacen el amor, y duermen el mismo sueño, una tormenta de viento echándoles arena en los ojos y que los separa mientras ellos tratan de impedirlo bajo la mirada de la abuela, la madre y el extranjero, que dentro de una caja de cristal ríen estruendosamente, la madre y la abuela lo besan en la boca, se empujan celosas y el hombre ríe, y ríe sin ver las serpientes que se arrastran en su dirección, y despiertan asustados, buscan la hora, tiene que volar para que llegue a tiempo a la cita, y él le pone los zapatos y le alcanza el vestido mientras Xinet se arregla el pelo y se pinta los ojos, le echa la pasta en el cepillo, apúrate, ¿llamo un taxi?, y en un torbellino de imágenes llega el taxi, sube, y arranca con prisa, se pierde bajo el ruido y el polvo. Cuando llega a la escalinata está el hombre dentro del auto, conversando a través de la ventanilla, con una pareja de jóvenes que permanecen de pie en la acera, y sonrío cuando la ve en el taxi, y deja de atender a los jóvenes que comprenden y se alejan molestos. Xinet entra al auto, él va a besarla,

se sonrío al verla celosa, *you don't understand*, sí entiendo y muy bien nosoy-igual-que-esas, yo no te saqué el dedo para fingir-una-botella-y-conquistarte, fuiste tú el que vino a la escalinata donde yo estudiaba atraído por mi pelo, según dijiste, para conocerme; simplemente me caes bien y te veo como un hombre cualquiera. A mí me gustan los hombres mayores que yo, me atraen, por desgracia eres extranjero y eso hace un poco difícil la relación porque socialmente no está bien visto, y aquí sí hay que vivir con la gente y acatar los cánones de la sociedad; y finge quedar sin aire, impotente, cierra los puños y se los muerde y llora, trata de calmarla, *I'm sorry*, la abraza, y poco a poco se calma, teme llevar las cosas al extremo y todavía la otra muchacha conversa con el joven, rondando la presa, y se van, él le pone el mapa sobre las piernas y señala Varadero, ¿Varadero?, ¿y la escuela?, piensa poner el rostro de desilusión y se percata de que es un mal síntoma, no debe agobiarlo con problemas y sonrío, no importa, dice, y se alejan de La Habana. Le va nombrando las playas, pueblos y lugares turísticos en el recorrido. Ya en Varadero las cosas son más fáciles, hombre que entra a un hotel cualquiera, y pide habitación, no en español, y siempre le contestan: *yes, sir*. Después llama a la casa y dice dónde se encuentra, posiblemente se demore una semana, me ha comprado ropa y regalos para ustedes, me preguntó si mi hermano tenía novia, seguro que para regalarle algo también, es un hombre de detalles, gentil, de esos que suelen llamar "un pepe", ya le hablé para el televisor en el cuarto y aproveché que se quejó del calor para soltarle lo del aire acondicionado y surtió efecto, espérenme el fin de semana próximo, chao. Y todo el día lo pasan pidiendo servicio de habitación, conversan, se confiesan gustos y otros detalles, y al descubrir sus intimidades, ella prefiere no hablar más y le rehúye. En la noche deciden regresar. Todo el camino en silencio, a veces, *it's cold*, sí, hace frío.





Llegan a la casa por la madrugada. Se despiden y promete regresar en la mañana . La madre pregunta qué pasó. Nada, cambiamos los planes, entra al cuarto, desea dormir, ¿me podrías explicar rápidamente?, pide él, sí, rápidamente, se dedica a llevar muchachas bonitas para burdeles donde se las pidan, da a escoger el país que se desea, ¡como si fuéramos bobas!

Apenas pueden dormir el resto de la noche. Se halan la sábana, suspiran. Dan vueltas sobre el colchón. En la mañana ella queda tendida sobre la cama mientras él se viste, prepara una maleta, la mira: el pelo, las piernas, las nalgas, se siente excitado y quita la vista, pone el maletín en el hombro, abre la puerta y la abuela sale de la cocina donde ha preparado el café, ¿te vas?, y mueve la cabeza asintiendo, ¿quieres café?, va a decir que sí, pero se asoma a la ventana y responde que no, estoy apurado. Sale y camina hasta el auto, entra, *good morning*, le dicen pasándole la mano por la mejilla, no contesta, mira por el retrovisor derecho, y donde se supone que esté sentado un joven, no hay nadie; el auto acelera buscando el mar, para después perderse por todo el litoral rumbo a Varadero, *nice day*, dice y

le acaricia una pierna, el muchacho continúa en silencio, le crecen los deseos de quitarse la mano de encima, pero aprieta los dientes y los puños mientras observa el mar, a una gaviota que planea y después cae en picada buscando su alimento, simplemente el mar, en lo apacible de sus olas..., sí, bella mañana, dice finalmente, y le sonrío. ●

VOLVER

(FRAGMENTO)

MAGALY ALABAU

(Cienfuegos, 1945). Escritora, poetisa, actriz y directora de teatro. Por discriminación sexual se le expulsó de la escuela de arte de Cubanacán en el tercer año de la carrera. Con un grupo de otros expulsados fundó Teatro Joven, y estrenó *Los Mangos de Caín*, de Abelardo Estorino, pero la representación fue prohibida al tercer día, lo que determinó su marcha al exilio. En Nueva York creó con Manuel Martín el Teatro Dúo, donde dirigió, actuó y produjo obras como *La noche de los asesinos*, de José Triana, y las obras de Virgilio Piñera en la época en que era un escritor censurado en Cuba. Obtuvo en 1972 el premio a la mejor actriz conferido por la Asociación de Cronistas y Espectáculos de Nueva York. Obtuvo el premio de poesía latina del Instituto de Escritores Latinoamericanos de Nueva York con su primer libro publicado: *Electra / Clitemnestra* (1986). Otros poemarios suyos son: *La extremaunción diaria* (1986), *Ras* (1987), *Hermana* (1989), *Hemos llegado a Ilión* (1991), *Liebe* (1993), *Dos mujeres* (2011) y *Volver* (2012). Reside en Woodstock, en el estado de Nueva York.

Esta idea de irme
se la debo a George Gershwin,
a Billie Holiday,
a Janis Joplin.

Esta idea de quemar las naves
se la debo a John Updike,
a William Faulkner,
a Fitzgerald
y a Dos Passos.

Cuando me faltaban las raciones
y eran de baking soda las frituras
y llena de miseria
llevaba compradores de muebles
a llevarse los vestuarios
y las joyas a escondidas,
me elevaba

esa música de un país
lleno de nostalgia.

Cuando esperaba
esa noticia milagrosa
telegráfica y telegrafiada
que daba el sello a mi destierro,
era Gershwin con sus
acordes victoriosos
quien me animaba
a pensar
en el futuro.

Sentada en el sofá,
en uno de esos muebles



que nunca fue intercambio
de unas libras de arroz
o de unos huevos
esperaba que Billie
entrara
en la sala sin luz.
En cualquier momento
cantando alucinada,
me despertaría
avisándome del fuego
que uno de sus cigarrillos
dejara en el colchón.
Y aquel fuego
provocado
por eso de no saber
dónde, vida, me mandabas,
a qué cuarto,
a qué antro,
aquel fuego
reforzaba la idea
de esa grandeza innata
del lamento.

Summertime en mi maleta
escasa,
con ese monedero
tan vacío
en ese registrar en vano
de qué es lo que permiten

que una lleve.
Me quitaron
lo irremplazable.
Todo lo que yo quería
lo dejé en esos
días de verano,
días calurosos de plazas
y bosques en La Habana,
esa gloria del mar
y el malecón entero.
Dejé todo en esas casas,
dejé rostros que no extraño
pero que quise o aún quiero.
Dejé esas noches
de paseos sin rumbos
tocando las ceibas
del camino,
dejé la risa en esas
piscinas del Hotel
Havana Hilton
que Janis
me hacía recorrer
de arriba abajo
sin pensar siquiera
que el hambre me asediaba.
La espera,
aún el tocadiscos toca
y aún la presidenta del comité
pregunta:



¿Anoche no hubo un fuego
en el departamento?
Y le miento a todas anchas
porque en esa fecha
y en esas omisiones
estaban todas las mentiras
perdidas de mi vida.
Era un ensayo — le decía
de una obra teatral,
no, no era fuego real
de esos prendidos
por el ocio
o por la angustia.
Y cada vez que concurría el miedo
a que me encerraran en esos calabozos,
específicamente del Morro de La Habana
o en la Villa Marista,
me decía confesaré enseguida,
a mí que no me enseñen
los instrumentos,
que ni tres perros,
confesaré enseguida.
Miento.
Me escapé.
No soy hermana de esa
ni de la otra.
No tengo a nadie que me reclame.
He inventado un drama,
un buenísimo drama,

que soy hija adoptiva
de alguien inexistente,
que soy la hija de Isis,
de la metrópoli,
del sol,
del siglo de las luces,
del quiero irme a otro planeta,
que estoy al vuelo
con esas notas
altaneras
que me dictan
los triunfos
que me esperan,
que me dicen que cabalgue
a Waterloo,
que me sumerja
en el mar,
que vea los peces
de colores,
que haga como ellos
y escape a las pirañas.
Que sí, que si puedo escapar
por ese invento
invento, invento.
Cuando me fui de Cuba
subí a ese avión
casi borracha,
sin vino
y sin licor.



Recuerdo que rezaba
run, rabbit, run
run, rabbit, run.
Me fui de la prisión
que más quería
para hacerme, al fin,
ciudadana del mundo.
En esa caminata
entre la pecera
y las alas del falcón libertario
donde abandoné todos los amarres
porque me halaban
los zapatos
oí a Gershwin,
oí a Faulkner.
Para romper con esos ligamentos
de mi infancia
y dejar crecer la culpa
me puse en los oídos
algodones del Norte.
Atrás dejé los taconcitos,
las falditas,
los ajustadores,
las risitas,
los disimulos
y las condescendencias,
y Janis, riéndose
y haciendo señas me gritaba
obscenamente, muérete



andrajosa, muérete
y olvida.
Vive este círculo
de música,
de cigarrillos,
de libertad restregada que hasta
los negros tienen.
Desvístete,
quítate el colcrín
y el maquillaje,
rómpete en dolor
y acompáñame
en este desafío
a mi hotel
donde te enseñaré cómo se muere.
La forma desaparece.
La música dispara más que algún
revólver.
Devuelve a ese ángel
esa otra llave
que nos da la salvación.

En el avión,
cuando sirvieron Coca-Cola
creí que era champán.
En ese momento tan triste,
tan desgarrador,
en que mis conciudadanos
pasajeros

guardaban cartuchitos
de la tierra en que nacieron,
me dije,
al fin el mar,
mar azul,
mar de Gershwin,
mar de mis sollozos,
mar de la historia,
mar azul de libertad,
mar de amor
donde puedo
ser lo que soy.
Mar de Janis,
mar de Faulkner,
mar de Sylvia Plath,
de Anne Sexton
y de todos los muertos,
mar,
al fin, mar.



CÁMARA DE BALANZAS



LA TRAVESÍA

ILEANA ÁLVAREZ
(Ciego de Ávila, 1966)

Prólogo al libro *Volver*, de Magaly Alabau

(Ed. Betania, Madrid, 2012)

Los mundos dramáticos que Magali Alabau ha construido a lo largo de su creación poética alcanzan en *Volver* una máxima expresión. Cuando ha llegado al clímax, quizás sólo le queda, entonces, este juego peligroso del retorno, un viaje que es en sí una forma de retomar su pasado y, por tanto, afirmarse. Que toda separación elabora un enlace, parece demostrarlo aquí, como lo ha afirmado Simone Weil —*Every separation is a link*—, incluso cuando esto implique tratar de comunicarse a través de un muro infinito de contradicciones, recuerdos y miedos, profundas batallas; incluso cuando deba superar oscuros abismos que laten en la memoria, pues siempre trascenderá con sus signos el interés de encontrar o producir ese necesario enlace hacia adelante, configurar un nuevo peldaño.

El yo y el otro, el doble que habita como antagonista, complemento y sostén, parece ser una obsesión en la poesía de Magali Alabau. Ya aparecía como centro temático de su anterior libro, *Dos mujeres*, en múltiples gradaciones, y aquí no le abandona. Aunque esta vez muestra nuevas texturas, arribando a vértices metafísicos. Todo libro es de alguna forma para su autor un libro necesario, pero los hay que lo son más. Cuando ha cumplido un largo trayecto vital y creativo, la poeta cubana hace reverberar la niebla de la palabra para ofrecer un poemario imprescindible en la conservación de su integridad, luego de experimentar la herida del destierro. Dice: «*Ahora ya soy / la exiliada del mundo*», y esto inevitablemente nos hace recordar versos de Raúl Hernández Novás y en especial la definición dada a aquella mujer ideal, Gelsomina, personaje de la pe-

lícula *La Strada* de Fellini, llamada por él «*la exiliada del mundo*». ¿Pura coincidencia? Vasos comunicantes que tienen el denominador común de un cerco social, exactamente un disparo, autoinfligido en el caso de Novás. Tal vez no sea más que otra forma de aflorar el signo de un destino manifiesto, el de un momento de la cultura y la historia, pero también el de un pueblo específico, pues el problema del exilio, además de inscribirse en la naturaleza insular de la tragedia de Cuba, cuando en este país se ha cebado en generaciones arrasadas por el conflicto de la revolución, es en última instancia esencialmente una condición espiritual que compete a la poesía universal. No de otra forma puede sublimarse grosso modo esta tragedia particular, la de una persona, la de un pueblo como el cubano, hasta hacerse metáfora comprensible a los ojos de un lector desprejuiciado, libre de ataduras temporales, como una relectura de un relato cosmogónico o un misterio órfico, el del constante renacimiento que alcanza la iluminación desde las cenizas.

A darle cuerpo a esta gramática de los sentimientos se va a dedicar la poesía de Magali, que viene de regreso desde lo general y más abstracto, desde los grandes dilemas humanos —asimilados por su lectura de los textos clásicos y por su formación teatral—, al dilema cotidiano, al extracto de la vida que significan las minucias, el poso del café y las sobras del diario existir; vestigios que pueden quedar apenas para representar el mayor escenario al que un individuo haya pertenecido. Su poesía, lejos de apocarse, gana en fineza y poder de sugestión, en la medida que la voz de un estro trágico se va transparentando con las resonancias y los ruidos que traen los días, la cotidianidad más simple, hasta sentir hablar a una mujer, verla habitar el texto alambicado hasta el puro hueso con la fuerza dramática de quien escoge lo auténtico indispensable para poner orden en el caos de la neurosis de la modernidad, y expresar su verdad

en términos minimalistas: «*Exilio, esa palabra ex ex ex X / xilio ilio hilo, hilo cortado*».

Pero se impone, no obstante, esa trabazón con lo mundano y trivial del diario acontecer, del énfasis en lo doméstico, el aliento de las heroínas trágicas; y esta respiración se manifiesta siempre como una expresión de dignidad, siendo, desde las propias quebraduras de que nos hace partícipes, autoafirmación, jamás el derroche que conduce al desamparo y al desdibujo identitario. La poeta despojada de toda vestimenta, penetra en el bosque espeso de sus recuerdos, y la escuchamos por veces extraviada, alucinada, interrogándose y asaeteando: «¿Qué pasos siguen los perdidos?», «¿Qué soy en esta bruma?» En su viaje, no está sola, perdura el diálogo inquisitivo, provocador, con el lector y consigo misma, que aspira, más que a escuchar una respuesta, a elaborar nuevas preguntas incluso más difíciles. Así, en la medida que avanza con su coloquio entre los árboles y las criaturas que pueblan su «selva oscura», se sumerge en un lirismo sorprendente e impactante por la fuerza de sus imágenes, plasticidad y dramatismo, sin renunciar a la objetividad: «¿*En qué mancha yo vivo? / ¿En qué álbum de las manchas / del colchón?*»

En pocos poetas cubanos actuales he visto esta efectividad, sincronía alcanzada en el manejo de diversos modos de expresión poética, como en Magali Alabau, lo que la hace portadora de una manera muy singular de enfrentarse a la «ciudad letrada», peculiar hibridez, distintiva en la poesía cubana que abarca los posibles «adentros» y «afueras» de la Isla. No debe serle fácil al lector abandonar a medio camino este libro, pues la poeta consigue arrastrarnos en su propia marcha, con recursos del drama y la narrativa, el testimonio y la crónica, deviniendo ella misma personaje que se abre como caja de pandora y hace transitar al texto del monólogo a la épica, del canto al fraseo coral, del diario al libro de bitácora.



Poema extenso, conformado por poemas de intenso aliento que actúan como un texto único de ritmo entrecortado, a ratos asfixiante, agónico, donde el manejo de la ironía —raya en la autoparodia, el sarcasmo y el cinismo— es audaz y, a la vez que apunta a la lucidez de un sueño más vívido, escalofriante.

Su búsqueda no se limita a tratar de hurgar dentro de sí, explicar su origen o su lugar en el mundo, el porqué de su destierro, pues en realidad no hay desarraigo cuando una persona es apartada por una política excluyente, y expulsada de la vida social y cultural de su país debido a cuestiones tan naturales como las preferencias sexuales o ideológicas —recordemos que a Magali la privaron de sus estudios en la escuela de arte Cubanacán, en 1965, y este proceso de represalias tuvo para ella especial corolario cuando fue condenada a no trabajar más en el teatro, a raíz de su puesta en escena de *Los mangos de Caín, de Abelardo Estorino*—. «¿Tuve un nombre?/ ¿Un apellido?/ ¿Una dirección completa?», «¿No sé quién soy/ despierta ni/ dormida?», «¿Dónde vas?/ ¿Dónde estoy?/ ¿En qué árbol?». La reconstrucción de un rostro a partir de los fragmentos que le devuelve el abismo en que se ha mirado, resulta también de índole expresiva, está muy aposentada en el lenguaje, el sujeto de la poesía intenta dinamitar desde su mismo centro los recursos a los que tradicionalmente se ha sujetado el género —evita las terminaciones elegantes y equilibradas, pues el «ruido» forma parte de su mensaje más claro y significativo—, para dejar al verso en pulsaciones esenciales, primigenias, sin que por ello pierda el dramatismo y la plasticidad a que nos referíamos. Ahora en *Volver* se potencia la comunión necesaria entre la memoria y la palabra que la justifica.

Escarbar en el pasado, quitadas las máscaras, para con ello cimentar un porvenir menos incierto, es otro de los propósitos que se advierten en

este poemario. Aquí late la voz del que ha perdido algo más que un sitio propio. Volver es un regreso, no por nostálgico, cuestionador, al ayer, a los espacios ensalzados por la distancia, espacios que ayudaron a llenar unos ojos, que conocieron las huellas de unos pies, humores y asombros, y que ya no existen más allá del lenguaje. Lugares irremediamente vaciados, reprimidos hasta las ruinas; plazas, calles, cuartos, rincones, junto a gestos, rostros sin facciones, cuerpos etiquetados por la sinrazón de la oscuridad y la intolerancia. Asistimos, entonces, a una poética que se empeña no tanto en rescatar como en refundar sobre los laberintos de la pérdida. Magali Alabau invita a un universo transparentado por su expresión (representación) catártica y testimonial. Y este acto violento, que implica una dolorosa travesía hacia el centro de su ser para tomar constancia de sus pensamientos, frustraciones, agonías cotidianas, es siempre de naturaleza amorosa: «Aquí yo, / no pienses que no te abro mi corazón».

Poesía dura y abierta la de *Volver*, como la boca de un pez que dialoga fuera de su elemento con el sol del mediodía, donde la poeta batalla tenazmente por imantar los vislumbres que han quedado desperdigados en la Isla que la vio nombrar, amar y temer. Trozos de su cuerpo y de sus sueños arrojados al mar físico y al mar de la ausencia, que se alzan con pujanza contra los responsables de su partida y de las vejaciones, tan o más profundas, causadas a otros. Esquirlas de su ser proyectadas a la manera de un expresionismo lacerante, como un grito de Munch, pero que ambicionan en lo profundo el enlace cálido con el otro inocente, por supuesto, la caricia. ●

En Ciego de Ávila, Cuba, abril, 2012.

FRANZ ALGARRA



SEÑAL DE HUMO POR LA LIBERTAD DE ÁNGEL SANTIESTEBAN

FRANCIS SÁNCHEZ

(Ceballos, 1970). Perteneció a la UNEAC desde 1996 hasta su renuncia el 24 de enero de 2011. Fundador de la Unión Católica de Prensa de Cuba en 1996.

Ha sido redactor fundador de la revista católica *Imago* (1996-2001) y Jefe de Redacción de *Videncia*. Autor, entre otros, de los libros *Revelaciones atado al mástil* (1996), *El ángel discierne ante la futura estatua de David* (2000), *Música de trasfondo* (2001), *Luces de la ausencia mía* (Premio «Miguel de Cervantes de Armilla», España, 2001), *Dulce María Loynaz: La agonía de un mito* (Premio de Ensayo «Juan Marinello», 2001), *Reserva federal* (cuentos, 2002), *Cadena perfecta* (cuentos, premio «Cirilo Villaverde», 2004), *Extraño niño que dormía sobre un lobo* (poesía, 2006), *Caja negra* (poesía, 2006), *Epitafios de nadie* (poesía, 2008), *Dualidad de la penumbra* (ensayo, 2009) y *Liturgia de lo real* (ensayo, premio «Fernandina de Jagua», 2011).

Hoy es Ángel Santiesteban. El autor de libros premiados en los principales concursos literarios, nuestro amigo, aparentemente está «desaparecido», disuelto en el ambiente de Cuba.

Se había vuelto «loco» cuando empezó a pensar en voz alta y creó un sitio web, el blog *Los hijos que nadie quiso*, con lo que «se marcó», porque ya todos sabían qué pensaba, cómo disentía, y qué límites estaba dispuesto a cruzar alguien inteligente, joven, alejándose del punto muerto que significa la inercia de la masa. ¿Pero de verdad podía? ¿A qué precio? Ha sido condenado a años de cárcel, supuestamente por violencia física contra su ex esposa, delito en definitiva menor para el Estado cubano, en comparación con oponerse al control estatal. Luego ha sido bajado a la mazmorra donde se lleva a la delincuencia, sin respeto por sus ideas.

Nadie, por supuesto —ni el funcionario más influyente, ni el escritor más sublime—, debe estar por encima de la ley o sentirse exento de respetar la integridad de las demás personas. No obstante, sabemos demasiado poco sobre el hecho que se le imputó y el proceso judicial en que se ha visto inmerso. Desconocimiento doloroso, aunque iluminador, porque consiste ya en una pista valiosa —para quien no se hubiera dado por enterado— sobre las faltas de garantías en nuestro entorno. ¿Existían condiciones mínimas indispensables para que, en La Habana, Ángel recibiera un juicio justo? Hemos visto últimamente a la prensa nacional insistir mucho en este tipo de reclamo a propósito de la condena contra cinco compatriotas en Miami, acusados de espionaje. Aquí, en el interior de Cuba, ni siquiera tuvimos posibilidad de informarnos los amigos de Santiesteban, sus colegas, sus lectores, saber los argumentos de las partes en pugna, para hacernos una opinión.



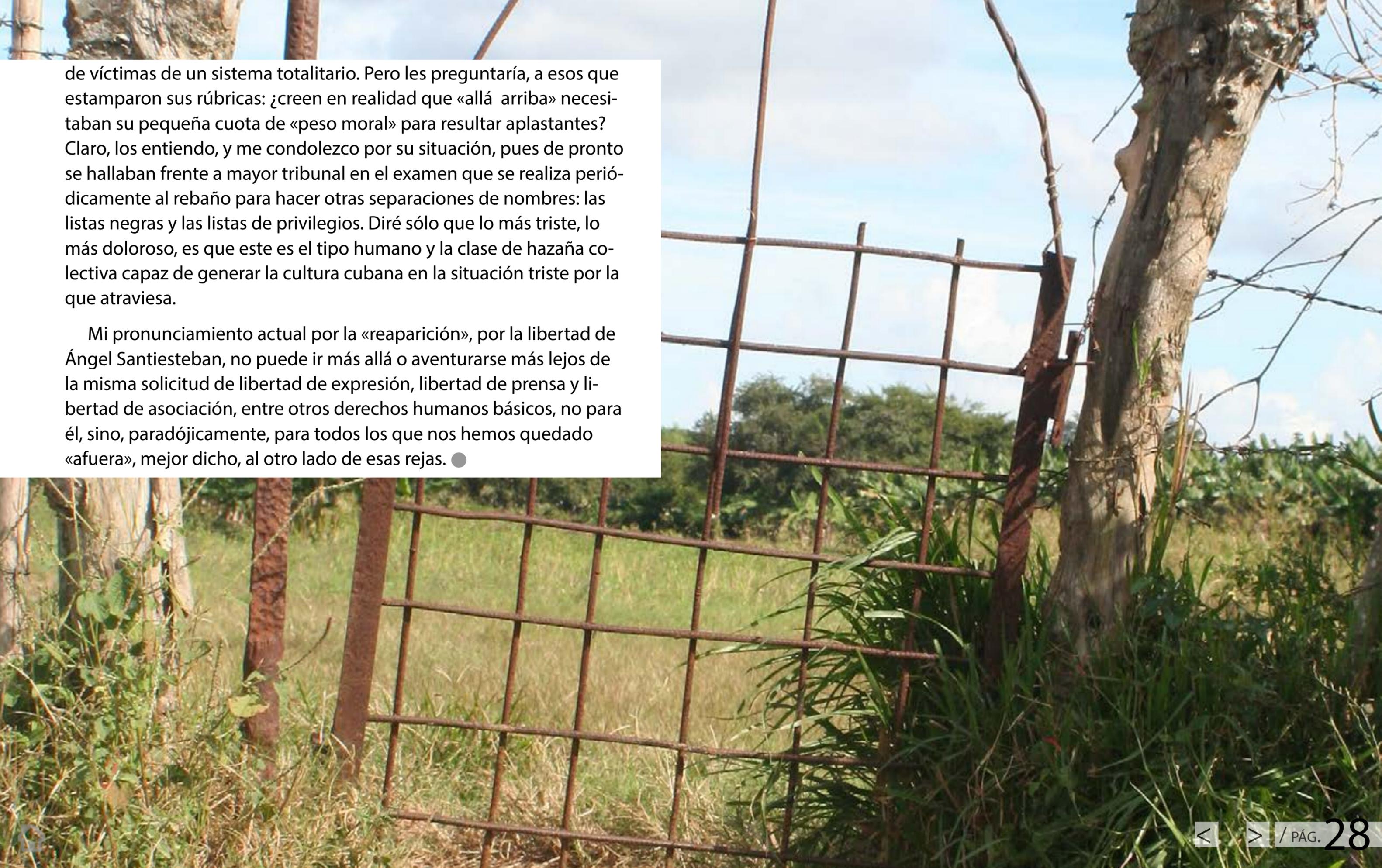
Antes habían prohibido circular su palabra, que recibíamos en sus libros de gran demanda y cuando lo veíamos aparecer sistemáticamente en la televisión y la prensa para satisfacer el interés por su literatura. Angelito —como se le conoce, aunque él nunca ha disfrazado la imagen de alguien de carne y hueso, alguien no menos humano que los personajes de sus cuentos—, antes de empezar a decir lo que pensaba en su blog, era el principal invitado a ferias del libro en todas las provincias, atraía lectores, funcionarios, periodistas... Sin embargo, hoy es otro intelectual «misteriosamente desaparecido». Sé, por ejemplo, que hace poco se suspendió la presentación de la antología *He visto pasar los trenes* (Ed. Letras Cubanas, 2012) por incluir un cuento suyo. Sin embargo, a diferencia de tantos protagonistas de la cultura cubana que han sido de pronto «invisibilizados» en su patria, porque un micrófono los captara en sus casas diciendo algo comprometedor o porque marcharon al exilio —donde en definitiva podrían seguir sacando adelante sus vidas y su obra—, Ángel ha caído en la cárcel.

Indicio de algo peor, quizás lo más triste, es lo que nos sucede entretanto a quienes quedamos «afuera» en este mismo país, o sea, del otro lado de esas rejas. No podemos recibir información, ni emitir consideraciones y contribuir a un estado de opinión. El derecho de la «opinión», que es un poder, nos ha sido confiscado y, efectivamente, esto ilustra la «alteración del orden» posible, en tales condiciones, siempre que un escritor se atreva a desbordar con su pensamiento o sus actos el molde de la ficción. Vivir en la impotencia, en la ignorancia forzada sobre nuestra realidad social, sobre los destinos que va tomando el país y lo que se reserva por parte de sus gobernantes para nosotros y para las personas que queremos, incluso aquellos aplaudi-

dos por las propias instituciones del Estado —lo era el autor de libros como *Los hijos que nadie quiso*, premio «Alejo Carpentier», y *Dichosos los que lloran*, premio «Casa de las Américas»—, ¿no es el castigo impuesto a todos los habitantes de la isla como a culpables en prisión de máxima seguridad? ¿Todos nos portamos mal?

Tan o más triste, en esta oportunidad, ha sido comprobar de lo que somos capaces los seres humanos confinados a un encierro social, con tal de obtener migajas. Uno de estos días he visto una carta que circuló por la red de correos con el título «8 de Marzo: [tod@s](#) contra la violencia», redactada y firmada por miembros encumbrados de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), llamando a colegas de todos los rincones del país para que apoyasen la condena que el escritor había acabado de recibir. Invitaban a que la lista creciera más y más en muestra de rechazo a la violencia de género. Así que en apariencia bastaba supuestamente convenir sobre la legitimidad de semejante derecho para sumarse a lapidar a otro intelectual rebelde que ya había pasado por el trámite oficial de «desaparecer». Una vez que revisé la ristra de firmas que se plegaron al llamamiento, me pregunté: ¿pudieron sentirse bien enterados, todos y cada uno, para pronunciarse, y con tanta rapidez, en un litigio sobre el que nada se divulgó en Cuba, y donde además el acusado ha mantenido su declaración de inocencia?

Evitaré difamar, evitaré suponer que esos que dieron sus firmas y entraron a ser parte de esa pesada cadena, no son escritores ni artistas, después que han hecho algo que creo que es incompatible con la espiritualidad y la verdadera inteligencia: trepar sobre el aparato del poder para agregarle kilogramos cuando intenta aplastar a un individuo. En este caso, es un escritor, posiblemente otro más en la lista



de víctimas de un sistema totalitario. Pero les preguntaría, a esos que estamparon sus rúbricas: ¿creen en realidad que «allá arriba» necesitaban su pequeña cuota de «peso moral» para resultar aplastantes? Claro, los entiendo, y me condolezco por su situación, pues de pronto se hallaban frente a mayor tribunal en el examen que se realiza periódicamente al rebaño para hacer otras separaciones de nombres: las listas negras y las listas de privilegios. Diré sólo que lo más triste, lo más doloroso, es que este es el tipo humano y la clase de hazaña colectiva capaz de generar la cultura cubana en la situación triste por la que atraviesa.

Mi pronunciamiento actual por la «reaparición», por la libertad de Ángel Santiesteban, no puede ir más allá o aventurarse más lejos de la misma solicitud de libertad de expresión, libertad de prensa y libertad de asociación, entre otros derechos humanos básicos, no para él, sino, paradójicamente, para todos los que nos hemos quedado «afuera», mejor dicho, al otro lado de esas rejas. ●

¿ES TAN FÁCIL HACER UN BLOG EN CUBA, SILVIO?

FRANCIS SÁNCHEZ
(Ceballos, 1970)

Este artículo trata sobre los riesgos que corren los artistas y escritores cuando no son oficialistas y quieren expresarse libremente, y sobre las trabas para acceder a las nuevas tecnologías. La publicación en Diario de Cuba, el 26 de junio de 2011, con caricatura de Omar Santana, tuvo «casualmente» consecuencias para el autor y su familia... sobre las que puede leerse a continuación en «El castigo que no cesa».

Cierto impacto parece que ha conseguido el programa televisivo «Con dos que se quieran», bajo la dirección y conducción del cantautor Amaury Pérez. El invitado para cerrar una primera y larga temporada no podía ser otro que Silvio Rodríguez.

«¡Final, no!», clama Silvio poco antes de aparecer los créditos, y Amaury aleja sus temores: se trata sólo del «último programa de esta serie».

Pues bien, el «último» ha traído para el público cubano momentos no menos memorables que el resto de los programas. Cada martes desfilaron por la pequeña pantalla personas sin duda excepcionales, por sus éxitos, por su inteligencia, pero también por pertenecer, en su inmensa mayoría, a un nivel de vida o una clase social muy distinguida dentro de Cuba.

Es el «barrio alto», donde lo más provocativo que lucen estos personajes no tiene que ver tanto con lo estafalario —aunque alguno hable, por ejemplo, sobre una suerte de «cementerio privado» en La Habana Vieja y el conductor aproveche para intentar reservar en una parcela. No.

Parte de lo más curioso, impactante o provocativo para los televidentes del programa ha sido ver con qué ligereza estos personajes usan derechos naturales y aspiraciones comunes, precisamente como gestos cotidianos, del montón. Derechos convertidos en pequeños gustos —dígase viajar, radicarse en otro país y volver a la patria, opinar a contracorriente—, cuya prohibición hace tan especial al pueblo cubano, y que a ellos, que disfrutan y ostentan públicamente tales posibilidades como sin darse cuenta del país en que viven, los hace doblemente especiales.

Y Silvio Rodríguez, por supuesto, no ha sido menos.

Amaury Pérez le pregunta por qué se ha hecho un blog, si acaso para polemizar —¿hemos oído bien?, ¿¡polemizar!?!— y el otro, ex diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular, deja a un lado cualquier motivo de peso para describir una situación tecnológica muy simple.

¿Por qué alguien como Silvio Rodríguez iba a pensar que es difícil en Cuba hacerse un blog? ¿Acaso porque nadie cuenta con acceso normal a internet? ¿Acaso porque ETECSA, la empresa cubana de las telecomunicaciones, en sus salas de navegación y mediante contrato a domicilio, solo ofrece este servicio a extranjeros? ¿Acaso porque una vez que puedes publicar instantáneamente tus pensamientos corres el peligro de no autocensurarte a tiempo y, cuando vienes a ver, has dicho algo que «no te conviene», y tienen que acudir en tu ayuda los especialistas de la Seguridad del Estado? ¿Acaso porque éstos te ayudan con tanto celo?

No, qué va, para Silvio fue apenas cuestión de hacer clic. Lo contó así: «Cuando iba a cerrar la página, miré arriba y decía: “¿Quiere hacer



un blog? Pinche aquí”, y entonces yo dije: “Bueno, no puede ser tan fácil”. Pinché y me abrió una página. “Ponga su nombre”, puse el nombre. “Pinche aquí. ¡Ya usted tiene un blog!” No, espérate, no puede ser así. Y fue así. Entonces hice un primer escrito, que le llaman post en el mundo de los blogs, y ya».

Sin duda, un momento memorable. ¿Así que «no puede ser tan fácil», y a esto se reduce, estimado pueblo —o sea, público cubano—, el proceso para tener un blog? ¿Pinche aquí, y ya?

Desde ese día no han faltado amigos que me dicen «cómo me acordé de ti».

Acerca de las angustias para crear el blog *Hombre en las nubes*, actualizarlo y, sobre todo, acerca de las consecuencias de atreverme a sostenerlo, puede leerse aún en los últimos posts que allí publiqué antes de su cierre. Pero todo no quedó ahí.

Se me informó que mi cuenta de correo electrónico, en la red de Cubarte, dejaba de existir. Y cuando mi hermano me hizo el favor de enviarme, desde su cuenta personal, en la misma red, un ensayo a un concurso en México, supimos que mi obra nunca llegó a su destino, al recibir de rebote —por contradictorio que parezca— una confirmación: «Mensaje recibido». Pero esa «confirmación» venía, para nuestro espanto, desde una tercera cuenta que nunca estuvo entre los destinatarios, perteneciente a un vicedirector cubano de Cultura.

En su programa, Amaury Pérez Vidal se preocupó de que Silvio pudiese perder atractivo o misterio después de exponerse en un blog. Preguntó a su invitado: «Tú eres tú, tus canciones y tu misterio, ¿reve-

lar el misterio en público no será perjudicial para el resultado final de tus canciones?»

Alguien debiera explicarle a Amaury, para su tranquilidad, que aunque instalar una antena parabólica en su casa —como él mismo ha contado que ha hecho- pudiera significar «un reto mayor» que el de hacer un blog, si algo no les restan a ellos dos estas facilidades tecnológicas ante nuestros ojos de televidentes es, precisamente, un misterio. ●

EL CASTIGO QUE NO CESA

FRANCIS SÁNCHEZ
(Ceballos, 1970)

No publiqué este artículo cuando más debía hacerlo, al momento en que lo escribí, en septiembre de 2011, cuando me había enterado de cierta represalia que sufrió mi hermano «por mi culpa». La familia me convenció de que no intentara darlo a conocer, temiendo que atrajera mayores perjuicios, y desde entonces ha permanecido inédito. Pero creo que todavía, lamentablemente, mantiene actualidad.

Mi hermano, el intelectual Félix Sánchez, ha sido citado a la oficina de la Dirección Provincial de Cultura en Ciego de Ávila para recibir una sentencia ya ejecutada: su correo electrónico, en la red nacional de Cubarte, que usaba hace una década, dejó de existir. Según el Director de Cultura encargado de darle esta «noticia aleccionadora», la condena ha sido decidida por un aparato sin rostro: Seguridad Informática, una de las ramas tecnológicas de la Seguridad del Estado.

Y he aquí la parte en que se juntan lo doloroso y lo doloso, y donde más me compete este problema: ha sido supuestamente por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. ¿De qué debo arrepentirme yo, el maldito hermano menor? Pues de haber usado el correo de Félix para enviarle a Antonio José Ponte allá en Madrid el artículo «¿Es tan fácil hacer un blog en Cuba, Silvio?» que se publicó en el sitio web del *Diario de Cuba*.

Félix dejó pasar muchos días antes de informarme sobre esta nueva privación que viene a sumarse a todas las que ya posee. No podrá hacer uso de correo ni navegar siquiera por la intranet nacional, pues tendría que volverse extranjero, entrar a su país como turista y pagar con

dólares el servicio, para acceder a una sala de navegación que existe en su ciudad (en 2011, cuando redacté esta nota con la idea de enviarla al mismo *Diario de Cuba*, cosa que no hice, internet era un servicio que se ofrecía en salas de ETECSA a extranjeros, absolutamente prohibido para los cubanos, pero desde el 2013 algo cambió: mi hermano ya puede navegar, sólo que ahora tiene que estar dispuesto a dar cinco dólares, lo que significa más o menos una cuarta parte de su salario mensual, por una hora de navegación). Quizás no se atrevía a decírmelo porque temía, con instinto sobreprotector, causarme complejo de culpa.

Es que, en el caso probable de que yo no hubiera sabido explicarles, a esos «Silvios» extáticos que viven entre altas esferas de poder, cómo resulta más que difícil vivir con opiniones propias sobre esta tierra cubana, desde allá arriba me habían bajado de golpe y porrazo algo más irrefutable: la prueba en forma de demostración práctica.

Hermano, lo siento, no puedo sentirme culpable. Ellos no van a hacerme creer que el apego a la libertad, o por lo menos a la libre expresión, sea una enfermedad contagiosa y vergonzante entre nosotros. Tampoco quiero adaptarme a hacer el papel del perfecto aplastado, quien debe, además de mantenerse siempre abajo, quedarse calladito y no mancharle la ropa al verdugo.

Lo menos que puedo intentar es no temerle al eco de mi voz. Por eso aquí no analizo teóricamente estas retorcidas relaciones de poder entre las que vivimos hechos pedazos, no hago un ensayo estructuralista, sino grito. Y gritaré desde más hondo. Si alguien quiere saber cuánto o hasta cuándo, que no me pregunten a mí, sólo averigüen quién mueve el pedal que mantiene a este sistema.

Eso sí, no voy a derrocharme en rencor contra quienes actualizan constantemente el control y transforman en acciones concretas una política de estado, contra esos comisarios inferiores que sólo suben y bajan con la marea según la mascarada de última hora. Esos infelices son, en definitiva, «los dichosos normales» dentro de una sociedad mostrenca. Sólo tratan de sobrevivir y, con su oportunismo, con su servilismo, de paso explican mejor que ninguna denuncia la ilegitimidad de un escenario social que no deja mejor margen para el desarrollo individual que la sumisión.

Fue por esta voluntad de no perderme en rencor o acusaciones a simples intermediarios de un gran abuso que, en medio de la conocida como «Guerra o Crisis de los mails» (2007), cuando escribí mi artículo «La crisis de la baja cultura», jamás me pasó por la mente seguirle el juego a quienes tomaban revancha contra Luis Pavón, un ex funcionario del Ministerio de Cultura a quien se le responsabilizaba del «Quinquenio gris» o el «Pavonato».

En definitiva, si la alharaca de principios del 2007 se desataba aparentemente porque Pavón aparecía en un programa televisivo enseñando sus reconocimientos oficiales, algo que molestó a los intelectuales a costa de los que él se había ganado aquellas medallitas, la «Crisis» terminó para mí no con la polémica en que me vi envuelto cuando Fernando León Jacomino —vicepresidente del Instituto Cubano del Libro— salió a tratar de descalificarme al estilo de los actos de repudio oficiales, con una mezcla de infantilismo, grosería y abuso de poder: desde su oficina en el Castillo, sacaba las cuentas de los derechos de autor que yo había cobrado por mis libros. Su ataque, por cierto, era la única intervención de un funcionario dentro de aquella avalancha de correos. El final ejemplar —para mí, como yo lo veo—, la fresa con que

el gobierno quiso coronar la «Crisis» de ese año, estuvo aún más por todo lo alto, y significó una prepotente vuelta al principio —recuérdese que lo que originó la alarma de un grupo de escritores y provocó una estampida de correos fue un homenaje público a Pavón—. Una noticia aparecida en el periódico *Granma* a finales del 2007, avisaba que Fernando León Jacomino había recibido una Medalla por la Cultura Cubana, mientras malamente se hilvanaban los supuestos méritos literarios del vicepresidente del Instituto Cubano del Libro.

Claro, entonces ningún «valiente intelectual orgánico» alzó la voz para protestar por este otro simulacro de «reconocimiento cultural», ninguno de los que se habían alarmado tanto ante el fantasma quintaesenciado pero alicaído de Pavón. Sin duda, este homenaje público era diferente: ocurría en tiempo real, se condecoraba a un funcionario vivito y coleando, instalado en el poder, que con su mano negra aún en activo había acabado de hacerle el trabajo sucio al aparato oficial en la «Crisis de los mails». Toda la élite que había cacareado, ahora hizo mutis. Sin duda el instinto de conservación es algo muy serio.

Por cierto, poco tiempo después, en la revista *Videncia*, de la que era editor, publiqué una reseña de Pavón sobre el último libro de Raúl Luis —autor al que antes se dedicaban estudios en abundancia, cuando él dirigía la redacción de poesía de la editorial Letras Cubanas, pero que para entonces, retirado de la vida pública, y habiendo renunciado a su carné del Partido, se había vuelto menos que «poco atractivo» para la crítica literaria cubana, casi invisible— y, sin darme cuenta, encargué a una de las víctimas del «Pavonato», a Reynaldo González, la presentación de la revista. No podía creer que este presentador se tomaría como una ofensa personal haberle concedido una posibilidad de publicar a su antiguo censor. La historia de intolerancia se repetía, o que-

ría repetirse, porque en esencia es mentira el cuento para niños de que «había una vez un quinquenio gris en Cuba»... En realidad lo ha habido siempre, desde que se impuso la dictadura que llaman «del proletariado», y se impuso no por órdenes de Pavón, ni nadie de su poca estatura histórica, que yo sepa.

Volviendo al tema de mi hermano dejado sin correo «por mi culpa»: a ninguno de los dos nos tomaba por sorpresa la comprobación de que violaban nuestra correspondencia privada. Todos los cubanos contamos, desde la cuna hasta la tumba, con esa súper red de vigilancia y punición que nos invade y envenena hasta las más íntimas relaciones, con la duda de si nos infiltran a alguien en el círculo de amistades, si nos oyen, si nos graban, si nos vigilan o nos persiguen. Existir, en tales condiciones, significa la agonía de proyectar apenas la aspiración de ser real, en un ambiente hostil a la sinceridad y a la transparencia.

En mi nota preguntona, dirigida a Silvio sólo de forma retórica — porque, igual que sucedía en la poesía clásica latina, detrás de este apelativo hay otro nombre más real, como el del poder totalitario que se niega a convertirse en un interlocutor y nada más se oye a sí mismo—, denuncié, destapé un destinatario secreto que opera en la red de Cubarte, donde tienen sus cuentas de correos electrónicos los escritores y artistas de Cuba. Todos, sin saberlo, cada vez que envían o reciben un mensaje, lo hacen a través del Ministerio de Cultura, y más exactamente pasan por las manos del Viceministro Fernando Rojas. Además, para colmo, aunque nunca le escriban directamente a él, este funcionario puede enviarles en cualquier momento un acuse de recibo («mensaje recibido») que los dejará medio locos, pensando qué pasó. Es como nos quedamos mi hermano y yo.

Y, cuando se convenzan, como nosotros, de que toda la mensajería privada es recibida, revisada, clasificada en un buró del Ministerio de Cultura, todavía se quedarán con la duda, lógicamente, de si el «acuse de recibo» se originó por un desperfecto en el sistema de vigilancia o estuvo planificado a modo de disuasión y chantaje.

Incluso me han llamado algunas personas por teléfono para preguntarme qué ocurre con mi correo, porque cuando me escriben no obtienen respuestas y, a cambio, lo que han recibido es un «acuse de recibo» de Fernando Rojas. Nadie entiende. Empiezo por exponer lo más fácil: aquella que era mi cuenta de correo no existe, porque me la quitaron, mucho antes que a mi hermano, cuando hice un blog independiente (*Hombre en las nubes*), y luego intento explicar lo más difícil, lo que parece contradecir precisamente la información de que mi cuenta de correo personal haya desaparecido: aunque desde hace rato no la tengo, aún está activa, pero la usa un Viceministro. Alguien que tiene su anzuelo metido entre mis mensajes privados, al parecer sigue tratando de pescar —aunque ya piquen menos— entre los desinformados que me puedan escribir a una cuenta de correo «inexistente». ¿No hay algo de morbo en todo esto?

¿Ves, Silvio, qué fácil es para los (nos)otros hacer un blog en Cuba, y esas consecuencias tan «sencillas» a que nos exponemos al apretar las teclas a donde nos lleven nuestra curiosidad y nuestro libre pensamiento?

Mi creencia más firme en lo político sí que es simple: no se puede construir una sociedad justificada, justa o medianamente sana, sin encumbrar las libertades individuales que se fundan en derechos humanos básicos.

Creo que fue la principal enseñanza de aquellos patricios que, en medio de las peores circunstancias para la Patria, cuando aún estaban pariéndola a caballo dentro de un país estrechísimo, hostigados por la mayor cantidad de tropas españolas traídas a América, se animaron a idear una República en Armas basada en el civismo y los derechos. Dicen algunos historiadores que era cosa de locura y falta de realismo. Yo no lo veo así, por su fuerza y significación a través de lo que para ellos era la posteridad y hoy forma parte de nuestro presente. Yo creo que incluso sobre la injusticia que se cometiera con Carlos Manuel de Céspedes, el Padre destituido, hay que ver, en su resignación al cumplimiento del consenso y la ley, una convicción de que sin virtud no vale la pena salvar a un pueblo de otras garras, ni salvarse uno mismo. ¿Fueron menores entonces sus «peligros externos» o sus sacrificios personales?

La Constitución de aquella República en Armas donde se validaba la libertad de culto y religión, por ejemplo, sin duda era superior a la que después de 1959, supuestamente con más sentido práctico, redujo fanáticamente el Estado a un carácter ateo.

Nadie, invocando reales o supuestas amenazas, tenía, ha tenido ni puede tener, desde el ejemplo insuperable y el ideal de sociedad que se gestó en la lucha por la independencia nacional, justificación para convertir a la Patria, el ara de tantos sacrificios, en un pedestal. ●

(Septiembre, 2011)



DÍA DE LOGOS



WITTGENSTEIN

ARTURO GONZÁLEZ DORADO

(Cienfuegos, 1971). Premio «Farraluque» de Literatura Erótica, 1998. Premio de «Cuentos de Amor de Las Tunas», 1999. Gran Premio de Ensayo en el IV Coloquio Iberoamericano sobre la obra de Dulce María Loynaz y del Castillo. En 1991 fundó en su ciudad natal, junto con un grupo de amigos, el «Movimiento xtropista», de carácter artístico, lo que provocó que al siguiente año fuera expulsado de la universidad. Actualmente reside en Londres y es editor general de la Revista Hispanoamericana de Cultura *Otro lunes*.

«De lo que no se puede hablar, lo mejor es callar».

LUDWIG WITTGENSTEIN

Tractatus Logico-Philosophicus, 7.

La lectura de las enigmáticas palabras de Wittgenstein me produce una profunda sensación de sosiego, fascinación puedo decir también, que me ha hecho, luego de releer el *Tractatus Logico-Philosophicus*, buscar en Wittgenstein respuestas a mis propias dudas, a mi necesidad de hablar y de enfrentarme a ese silencio, en el cual está, como afirma Wittgenstein, lo único importante.

Wittgenstein es sin duda uno de los más grandes filósofos del siglo XX, para muchos el más grande y uno de los hombres más inteligentes, honestos y serios que produjo el siglo. John Maynard Keynes, el gran economista, quien fue su amigo, escribió cuando Wittgenstein regresó a Cambridge en 1929. «Dios ha llegado. Me encontré con él en el tren de las 5.15».

Su influencia ha sido enorme, principalmente en el campo de la filosofía analítica y en el positivismo lógico, el denominado Círculo de Viena, que basó su pensamiento en el *Tractatus*, contra el propio Wittgenstein quien decía que desvirtuaban su pensamiento. Y se ha ido extendiendo más y más a otros campos del pensamiento y el arte según se conoce más de su obra y sus ideas se separan de la reducción a lo estrictamente lógico matemático que una primera interpretación le impuso.



En vida Wittgenstein publicó un solo libro, el *Tractatus Logico-Philosophicus*. Poco después de su muerte en 1951, vieron la luz las *Investigaciones Filosóficas*, en las cuales corrige y amplía las ideas del *Tractatus*, introduciendo sus famosos juegos de lenguaje. La publicó principalmente por lo que dije más arriba, sentía que sus ideas estaban siendo desvirtuadas. Y aunque afirma en el prólogo que reconoce los errores de su anterior obra, la esencia de su propósito sigue siendo el mismo: la clarificación del pensamiento que permita la búsqueda de lo inexpresable, del sentido de la vida.

Luego de su muerte una ingente cantidad de notas y reflexiones han venido a iluminar otras esferas de su pensamiento. Para mí son especialmente cercanas las notas de *Cultura y Valor* donde aparecen muchas de sus reflexiones sobre música y religión, entre otras meditaciones sobre la cultura.

El *Tractatus* versa sobre los límites del lenguaje. La mayoría del libro trata de una compleja exposición de la teoría del significado. Al final, no obstante, algunas observaciones, o proposiciones, sobre ética estética y el sentido de la vida, enfatizando que, si su visión acerca de cómo las proposiciones pueden ser significativas es correcta, entonces, como no hay proposiciones con sentido acerca de las formas lógicas, no puede haber proposiciones que contengan sentido sobre este asunto. La lógica enmarca el horizonte del significado, de lo verdadero y falso, pero no puede darse significado a sí misma. De ahí Wittgenstein concluye que cualquiera que haya entendido sus ideas finalmente las reconoce sin sentido. Ellas ofrecen una escala que uno debe descartar una vez que la usado para ascender. De hecho en el prefacio afirma creer haber resuelto todos los problemas de la filosofía, y a la vez, reconoce que con esto no se logra gran cosa para los asuntos realmente importantes de la vida humana

«La verdad de los pensamientos que he comunicado aquí, dice, me parece inexpugnable y definitiva. Y, si no estoy equivocado en mi creencia, la segunda cosa en la cual el valor de este libro consiste es que muestra cuán poco se logra cuando estos problemas son resueltos».

Lo verdaderamente significativo, Wittgenstein lo deja bien claro, no está dentro de las proposiciones de la lógica, donde los criterios de verdad y falsedad, al modo de las ciencias naturales, puedan informar sobre los hechos del mundo.

«La proposición no puede representar la forma lógica, se refleja en ella».

Lo que en el lenguaje se refleja, nosotros no podemos expresarlo por el lenguaje.

La proposición muestra la forma lógica de la realidad. La exhibe. Dice la proposición 4.121 del *Tractatus*, pero la forma lógica no tiene sentido en sí misma, es como la pintura donde los hechos del mundo se reflejan en el pensamiento.

Dicho de otra manera, lo que se conoce como la teoría lógica del significado, las proposiciones pueden expresar los hechos en virtud de participar de una estructura común, o formas lógicas. Estas formas lógicas, no obstante, precisamente porque hacen la «descripción» posible, no pueden describirse a sí mismas, ser descritas. De ahí se sigue que la lógica es inexpresable, y que no hay verdades lógicas o hechos lógicos. Las formas lógicas deben ser mostradas, más bien que dichas, y aun cuando en algunos lenguajes o métodos del simbolismo puedan revelarse más claramente que en otras, no hay simbolismo capaz de expresar tales estructuras.

La filosofía no es una ciencia, al modo de las ciencias naturales, no es buscando explicaciones teóricas acerca de la naturaleza y el significado de palabras como verdad, justicia, mente la forma correcta de abordarla. Semejante método, creía Wittgenstein, sólo lleva a confusiones, los problemas filosóficos no se adecúan a tal tratamiento. Lo que se requiere no es una doctrina, sino una clara visión que despeje la confusión. Y el problema fundamental muchas veces reside en una visión inflexible del lenguaje que presupone que si una palabra tiene significado entonces debe haber algún tipo de objeto que corresponda a ella.

«La solución del enigma de la vida en el espacio y el tiempo yace fuera del espacio y el tiempo. (No es ciertamente la solución de ningún problema de las ciencias naturales lo que se requiere.)» (Tractatus. 6.4313) dice Wittgenstein para confirmar su pensamiento, y más abajo, las proposiciones 6.52, 6.521, 6.522:

«Nosotros sentimos que incluso si todas las posibles cuestiones científicas pudieran responderse, el problema de nuestra vida no habría sido más penetrado. Desde luego que no queda ya ninguna pregunta, y precisamente ésta es la respuesta.

La solución del problema de la vida está en la desaparición de este problema.

(¿No es ésta la razón de que los hombres que han llegado a ver claro el sentido de la vida después de mucho dudar, no sepan decir en qué consiste este sentido?)

Hay, ciertamente, lo inexpresable, lo que se muestra a sí mismo; esto es lo místico».

Wittgenstein tuvo un profundo interés en la religión, afirmó varias veces que veía todo problema desde un punto de vista religioso. Pero esto no significaba adscribirse a una religión determinada, sino precisamente enfrentarse a lo inefable, donde radica el verdadero, según su pensamiento, propósito de la vida. Frecuentemente habló de ética y religión conjuntamente. Vivir una vida digna, decente en sus palabras, es un acuerdo con el Mundo, o la Vida, la voluntad de Dios o el Destino. Y quien vive la vida de este modo verá el mundo como un milagro, no hay una solución al problema de la vida, como cité más arriba, sino una desaparición del problema, que sería como una revelación, o una redención, o un irse sobre él.

De ahí que se opusiera a toda reducción científica de los problemas esenciales al ser humano, al cientifismo contemporáneo. Lo esencial es inexpresable, y el intento de reducirlo a las categorías del discurso lógico, esto es de las ciencias, es profundamente peligroso. Es la idolatría de la modernidad, creía Wittgenstein.

«A la base de toda la moderna concepción del mundo está la ilusión de que las llamadas leyes naturales sean la explicación de los fenómenos naturales». (Tra 6.371)

No es que Wittgenstein negara para nada el papel y la importancia de las ciencias naturales, es que vio como pocos el peligro que lleva para el mundo de la cultura y el hombre la reducción o el olvido de lo que es verdaderamente importante.

De hecho, su deseo angustioso de claridad intelectual era una forma de la decencia moral, parte de un mismo deseo por encontrar el sentido y propósito de la vida. La clarificación que pretende en el Tractatus, y en las Investigaciones Filosóficas, es la manera de librarse de los errores del

lenguaje que impiden una correcta visión de las cosas, y dejar entonces abierto el espacio de lo esencial. Como le comentara muchas veces a Bertrand Russel, consideraba su pensamiento sobre lógica y su esfuerzo por ser una mejor persona como dos caras de un mismo deber moral.

En cierta ocasión, en la habitación de Russel en Cambridge, donde el joven Wittgenstein irrumpía en horas intempestivas a comentarle sus ideas y cuitas, luego de haber estado una hora en silencio Russel le pregunta: Ludwig, ¿estás pensando en tus pecados o en los problemas de la lógica?, y Wittgenstein responde con lo que es la nota de su vida, en ambos.

Pero tampoco ética y estética están separadas para Wittgenstein, ambas están en ese campo de lo que no puede expresarse con criterios de la lógica, ese campo donde reside lo esencial. "Es claro que la ética no se puede expresar. «La ética es trascendental. (Ética y estética son lo mismo)» afirma la proposición 6.421 del Tractatus. Y esto es algo que se transpira en la lectura del libro. «La filosofía debe realmente ser escrita sólo como una forma de la poesía» dice Wittgenstein en Cultura y Valor. Y ciertamente el Tractatus puede leerse como un poema; la impresión que produce en el lector la monumental obra de Wittgenstein, por lo demás muy breve, son sólo 75 páginas, es la de la gran literatura. La extrema concisión de las sentencias evoca a Heráclito, o al ritmo del Tao Te Ching. Su búsqueda de la claridad máxima encuentra la dimensión de lo cósmico, y se hace entonces de una profundidad abismal. El estilo se puede afirmar que suena. Y esto es sin dudas uno de sus extraordinarios méritos. Wittgenstein, fiel a su objetivo, está mostrando lo que no se puede decir. La exposición a modo de aforismos, el tono cortante y seco, despojado de toda ornamentación literaria y de jerga técnica, purificado por una ascesis intelectual y escritural, fluye como un poema. Hay música en el Tractatus. Wittgenstein, quien poseía un oído absoluto y era un excelente clarinetista, amén de



que podía silbar movimientos completos de sinfonías, logró en él lo que sólo los más grandes filósofos han podido hacer: la belleza condensada a su máxima posibilidad, la desnuda simplicidad de lo más profundo. Propositiones como la 6.13 «La lógica no es una doctrina, sino un reflejo del mundo. La lógica es por tanto trascendental». producen el impacto estético de una sinfonía de Beethoven, a quien Wittgenstein, por lo demás, admiraba profundamente.

Es verdad, como alguien ha dicho, que se pueden establecer vínculos entre Mallarme y Wittgenstein. En el *Tractatus* lo que se revela es justo esa dimensión trascendente donde la auténtica poesía y filosofía encuentran su hogar, y desde donde la peculiar paz, la consolación de la que hablaba Beocio, toma al lector. Embarga, hechiza se puede afirmar sin temor a equivocarse. Pero el hechizo de Wittgenstein es un hechizo purificador, no el mero sonido que pretende quedar en su resonancia enervante, tiene la seducción y el poder de los profetas bíblicos. Algo que era sentido por quienes lo conocían, y que lo separaba, y enajenaba, de la filosofía como se practica en la academia, del intelectual para quien el saber no es una cuestión vital.

El propio Wittgenstein en su famosa nota a su amigo Norman Malcolm lo deja claro, dando una lección a toda esa vacía especulación que es la norma de la academia: «¿Cuál es el sentido de estudiar filosofía si todo lo que te permite es hablar con alguna plausibilidad acerca de algunas abstrusas cuestiones de lógica, etc., y si ello no mejora tu pensamiento acerca de las cuestiones importantes de la vida diaria?... Como ves, yo sé que es difícil pensar bien acerca de “certeza”, “probabilidad”, “percepción”, etc. Pero es mucho más difícil pensar, o tratar de pensar honestamente acerca de tu vida y la vida de los otros».

Wittgenstein tenía el tono de los profetas bíblicos, la misma integridad moral, la misma pasión total por la verdad y la decencia. Sus ideas eran fogonazos brotando como la creación artística, ciertamente el enorme esfuerzo de su pensamiento está detrás, pero el producto surge como un destello, como la obra de arte.

El propio Malcolm describe su manera única de impartir clases en Cambridge: «Es difícil hablar de esos encuentros como conferencias, aunque era así como Wittgenstein les llamaba. Estaba llevando a cabo una investigación original en esos encuentros... A menudo el encuentro consistía principalmente de diálogos. No obstante, a veces, cuando estaba tratando de sacar un pensamiento de sí mismo, prohibía, con un movimiento perentorio de su mano, cualquier pregunta o comentario. Había prologados y frecuentes periodos de silencio, con sólo ocasionales murmullos de Wittgenstein, y la más tensa atención de los otros. Durante estos silencios estaba extremadamente tenso y activo. Su mirada era concentrada, su rostro vivo, sus manos hacían movimientos llamativos, su expresión severa. Uno sabía que estaba en la presencia de una extrema seriedad, absorción y fuerza del intelecto. La personalidad de Wittgenstein era amedrentadora en esas clases».

Por su parte Rudolf Carnap, uno de los fundadores del círculo de Viena, habla de lo mismo en su autobiografía. «Hay una profunda diferencia, dice Carnap, entre la actitud hacia los problemas filosóficos de Wittgenstein y la de Schick y la mía. La nuestra no es muy diferente de la de que tiene un científico hacia sus problemas. Su punto de vista y su actitud hacia la gente y los problemas, aun los problemas teóricos era mucho más similar a la de un artista creativo que a la de un científico; uno podría casi decir, similar a la de un profeta religioso o un visionario... Cuando finalmente, algunas veces luego de un prolongado y arduo esfuerzo, sus respuestas

surgían, aparecían frente a nosotros como una recién creada pieza de arte, o una revelación divina... la impresión que dejaba en nosotros era como si su percepción viniera hacia él a través de la inspiración divina, así que no podíamos dejar de sentir que cualquier comentario sobrio, racional, analizándola, sería una profanación».

Una combinación de monje (de hecho, quiso convertirse en monje poco después de la Primera Guerra Mundial, y no alcanzó su propósito porque el abad del monasterio benedictino donde solicitó la admisión lo persuadió de no hacerlo, fue jardinero del monasterio por un tiempo), místico, artista y mecánico (estudio ingeniería y estuvo muy ocupado con experimentos con cometas y el diseño de un tipo de motor, que luego, aunque no directamente por su trabajo, se aplicaría en el helicóptero). Un intelectual del más alto nivel pero que buscaba relajación en la lectura de novelas de detectives. Dedicado a profundas investigaciones de lógica pero teniendo como ideal la simplicidad de Tolstoi (durante la Primera Guerra Mundial, en el frente, leyó El Evangelio en Breve de Tolstoi, decía que el libro le salvó la vida, sus camaradas solían nombrarle como el hombre del evangelio, y leyó también Los Hermanos Karamazov de Dostoievski, obra de la cual se sabía pasajes completos de memoria). Un hombre que se convertiría en uno de los más ricos de Europa, al morir su padre, pero que renunciaría a toda su fortuna (luego de haber destinado 100000 coronas, para ayudar a artistas en problemas, sería más o menos el equivalente de 100000 dólares actuales), y viviría toda su vida con una simplicidad espartana, en habitaciones rentadas. Propenso a las depresiones, estuvo a punto de suicidarse varias veces, pero de un valor a toda prueba, recibió las más altas condecoraciones por su coraje en la Primera Guerra Mundial (se alistó voluntario pese a que había sido declarado no apto para el servicio militar, y pidió el traslado al frente en

una posición de combate). Un solitario que fue amigo de muchos de los más grandes pensadores e intelectuales de su tiempo. Muy reacio a las confesiones personales, pero quien tenía Las Confesiones de San Agustín como uno de los libros más valiosos jamás escrito, y varias veces irrumpió en casa de amigos y conocidos para confesar, y pedir perdón por ella, alguna falta menor que había, o creía haber cometido tiempo atrás.

No comulgaba con el arte contemporáneo, decía que luego de Brahms la música había perdido algo, pero tuvo trato personal con los más grandes artistas y compositores de la Viena de finales del siglo XIX (Mahler, Richard Strauss, Clara Schumann, Bruno Walter, el propio Brahms y muchos otros eran comensales habituales en la mansión de sus padres, Freud solía asistir a menudo. Ravel compuso su famoso concierto para una sola mano para el hermano del filósofo, Paul, quien perdió un brazo en la Guerra, y Gustav Klimt no sólo pintó un retrato de su hermana, sino que sus cuadros podían verse en las tertulias familiares), y diseñó para su hermana Margarete Stonborough una casa ultramoderna, simplemente bella, y no sólo la diseñó, sino que participó en los detalles de la construcción desde los radiadores de la calefacción hasta las manijas de las puertas.

Uno de los más grandes lógicos del siglo que constantemente dudaba de su talento por simple entereza y honestidad intelectual. «Forzar mis pensamientos en una secuencia ordenada es un tormento para mí», confiesa en Cultura y Valor.

Freeman Dyson, quien vivió en la misma casa que el filósofo en Cambridge, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, lo oyó a menudo murmurando para sí mismo mientras subía o descendía las escaleras, «me estoy volviendo más y más estúpido cada día». Algo que

solía ocurrir también en medio de sus clases, cuando se interrumpía diciendo, soy un idiota.

Para Wittgenstein filosofía y vida no podían separarse, la integridad intelectual no podía estar alejada de la integridad moral.

Russel cuenta que al final de su primer periodo de estudio en Cambridge, Wittgenstein se dirigió a él, y le preguntó, «¿Sería tan amable de decirme si soy un completo idiota o no?» Russel le respondió: «Mi querido compañero, no lo sé. ¿Por qué me lo pregunta?» A lo que Wittgenstein replicó: «Porque si soy un completo idiota me haré ingeniero aeronáutico; pero, si no lo soy, me haré filósofo». Russel le dijo que escribiera algo durante las vacaciones sobre algún tema filosófico, y que entonces le diría si era un completo idiota o no. Al inicio del nuevo periodo de clases Wittgenstein le trajo un escrito. Después de leer una sola frase Russel le dijo «No. Usted no debe hacerse ingeniero aeronáutico». Poco después Russel admitió que no tenía nada más que enseñarle sobre lógica.

En Wittgenstein nuevamente se reúne algo que la filosofía occidental había perdido mucho tiempo atrás, y que no ha vuelto a recuperar después de él: la coherencia moral, el rigor lógico, la indagación en los fundamentos de la lógica, con las interrogantes estéticas, éticas y religiosas. Se unen hombre, pensamiento y obra como en el ideal griego.

Tener a Wittgenstein cerca, leerlo, sentirlo, tomar de su valor y honestidad, no sólo devuelve la confianza en el poder de la filosofía para iluminar la vida y dar sentido, sino que como un choque obliga al coraje del pensamiento, sostiene el acto de escribir y vivir. Mis propias dudas se hacen insignificantes ante la total integridad moral e intelectual del hombre Wittgenstein. Oyéndolo decirme en las Investigaciones Filosóficas: «Yo no debo ser más que el espejo en el cual mi lector vea su propio pensamiento con todas

sus deformidades, y con su asistencia pueda ponerlo en orden», mi propio pensamiento no sólo se aclara, sino que se fortalece y el propio sentido de pensar, buscar la decencia y la integridad moral toman la dimensión absoluta que solamente es capaz de ofrecer sentido en la vida. Cuando leo sus palabras en la Conferencia sobre Ética «(...) de repente veo con claridad, como si se tratara de un fogonazo, no sólo que ninguna descripción que pueda imaginar sería apta para describir lo que entiendo por valor absoluto, sino que rechazaría ab initio cualquier descripción significativa que alguien pudiera posiblemente sugerir por razón de su significación. Es decir: veo ahora que estas expresiones carentes de sentido no carecían de sentido por no haber hallado aún las expresiones correctas, sino que era su falta de sentido lo que constituía su mismísima esencia. Porque lo único que yo pretendía con ellas era, precisamente, ir más allá del mundo, lo cual es lo mismo que ir más allá del lenguaje significativo». El último sentido de la escritura, y del pensar, aparece claro: su dimensión absoluta, aun cuando condenada a un imposible. Unas líneas más abajo Wittgenstein continúa en la misma conferencia diciendo: «Mi único propósito —y creo que el de todos aquellos que han tratado alguna vez de escribir o hablar de ética o religión— es arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra las paredes de nuestra jaula es perfecta y absolutamente desesperanzado». Yo añadiría que no sólo quienes escriben sobre ética y religión, sino todo aquel, que como yo, aun sin tener ni la grandeza ni el talento ni el tesón, haya sentido la necesidad de romper las jaulas del lenguaje y de la limitación de su pensamiento, expresión y persona. Pero ¿qué se necesita para ser fiel a ese propósito desesperanzado, el cual no sólo Wittgenstein respetaba al máximo, sino que no hizo otra cosa que seguir, e invita a todo el que se acerca a él a seguir? En Cultura y Valor lo dice: «Puedes poner precio a los pensamientos. Algunos cuestan mucho, otros poco. ¿Y cómo uno paga por los pensamientos? La respuesta es, creo, coraje».



Ludwig Wittgenstein murió de cáncer el 29 de abril de 1951 a los 62 años de edad. Cuando su médico le dijo que le quedaban pocas horas de vida sólo profirió un rotundo ¡Bien! Sus últimas palabras fueron la confirmación de que su propósito tuvo sentido, y que asumir semejante empeño vale la pena. Minutos antes de perder la conciencia y entrar para siempre al Silencio que buscó con su vida y obra dijo: «Díganles que he vivido una vida maravillosa».●



CONFERENCIA SOBRE ÉTICA

LUDWIG JOSEF JOHANN WITTGENSTEIN

(Viena, Austria, 1889-Cambridge, Reino Unido, 1951). Filósofo, ingeniero y lingüista austríaco, posteriormente nacionalizado británico. En vida publicó solamente un libro: el *Tractatus logico-philosophicus* (1921). Esta conferencia fue publicada por primera vez en *The Philosophical Review*, vol. LXXIV, n. 1, en enero de 1965. Sus editores la presentaron con la siguiente nota: «La conferencia que presentamos a continuación, inédita hasta este momento, fue preparada por Wittgenstein para pronunciarla en Cambridge entre septiembre de 1929 y diciembre de 1930. Probablemente se dictó en la sociedad conocida con el nombre «The Heretics» en la que, por estas fechas, dio una conferencia. El manuscrito no lleva título. Por lo que sabemos, ésta fue la única conferencia pública escrita o pronunciada por Wittgenstein».

Antes de entrar en materia, permítanme hacer unas consideraciones preliminares. Soy consciente de que tendré grandes dificultades para comunicarles mis pensamientos y considero que algunas de ellas disminuirán si las menciono de antemano. La primera, que casi no necesito citar, es que el inglés no es mi lengua materna. Por esta razón mi expresión a menudo carece de la elegancia y precisión que resultaría deseable en quien diserta sobre un tema difícil. Todo lo que puedo hacer es pedirles que me faciliten la tarea tratando de entender lo que quiero decir, a pesar de las faltas que contra la gramática inglesa voy a cometer continuamente. La segunda dificultad que citaré es que quizá muchos de ustedes se hayan acercado a mi conferencia con falsas expectativas. Para aclararles este punto diré unas pocas palabras acerca de la razón por la cual he elegido el tema. Cuando su anterior secretario me honró pidiéndome que leyera una comunicación en su sociedad, mi primera idea, por supuesto, fue aceptar, y la segunda, hablar acerca de algo que me interesara comunicarles. Dado que tenía la oportunidad de dirigirme a ustedes, no iba a desaprovecharla dándoles una conferencia sobre lógica, por ejemplo. Considero que esto sería perder el tiempo, ya que explicarles una materia científica requeriría un curso de conferencias y no una comunicación de una hora. Otra alternativa hubiera sido darles lo que se denomina una conferencia de divulgación científica, esto es, una conferencia que pretendiera hacerles creer que entienden algo que realmente no entienden y satisfacer así lo que considero uno de los más bajos deseos de la gente moderna, es decir, la curiosidad superficial acerca de los últimos descubrimientos de la ciencia. Rechacé estas alternativas y decidí hablarles sobre un tema, en mi opinión, de

importancia general, con la esperanza de que ello les ayude a aclarar sus ideas acerca de él (incluso en el caso de que estén en total desacuerdo con lo que voy a decirles). Mi tercera y última dificultad es, de hecho, propia de casi todas las largas conferencias filosóficas: el oyente es incapaz de ver tanto el camino por el que le llevan como el término al que éste conduce. Esto es, o bien piensa: «Entiendo todo lo que dice menos, ¿a dónde demonios quiere llegar?», o bien: «Veo hacia dónde se encamina, pero, ¿cómo demonios va a llegar allí?» Una vez más, todo lo que puedo hacer es pedirles que sean pacientes, y esperar que, al final, vean tanto el camino como su término.

Empecemos. Mi tema, como saben, es la ética y adoptaré la explicación que de este término ha dado el profesor Moore en su libro *Principia Ethica*: «La ética es la investigación general sobre lo bueno». Ahora voy a usar la palabra ética en un sentido un poco más amplio, que incluye, de hecho, la parte más genuina, a mi entender, de lo que generalmente se denomina estética. Y para que vean de la forma más clara posible lo que considero el objeto de la ética voy a presentarles varias expresiones más o menos sinónimas, cada una de las cuales podría sustituirse por la definición anterior, y al enumerarlas pretendo conseguir el mismo tipo de efecto que logró Galton al tomar en la misma placa varias fotografías de rostros diferentes con el fin de obtener la imagen de los rasgos típicos que todos ellos compartían. Mostrándoles esta fotografía colectiva podré hacerles ver cuál es el típico —digamos— rostro chino; de este modo, si ustedes miran a través de la gama de sinónimos que les voy a presentar, espero que serán capaces de ver los rasgos característicos de la éti-

ca. En lugar de decir que la ética es la investigación sobre lo bueno, podría haber dicho que la ética es la investigación sobre lo valioso o lo que realmente importa, o podría haber dicho que la ética es la investigación acerca del significado de la vida, o de aquello que hace que la vida merezca vivirse, o de la manera correcta de vivir. Creo que si tienen en consideración todas estas frases, se harán una idea aproximada de lo que se ocupa la ética. La primera cosa que nos llama la atención de estas expresiones es que cada una de ellas se usa, de hecho, en dos sentidos muy distintos. Los denominaré, por una parte, el sentido trivial o relativo y, por otra, el sentido ético o absoluto. Por ejemplo, si digo que ésta es una *buen*a silla, significa que esta silla sirve para un propósito predeterminado, y la palabra «bueno» aquí sólo tiene significado en la medida en que tal propósito haya sido previamente fijado. De hecho, la palabra «bueno» en sentido relativo significa simplemente que satisface un cierto estándar predeterminado. Así, cuando afirmamos que este hombre es un buen pianista queremos decir que puede tocar piezas de un cierto grado de dificultad con un cierto grado de habilidad. Igualmente, si afirmo que para mí es *importante* no resfriarme, quiero decir que coger un resfriado produce en mi vida ciertos trastornos descriptibles, y si digo que ésta es la carretera *correcta*, me refiero a que es la carretera correcta en relación a cierta meta. Usadas de esta forma, tales expresiones no presentan dificultad o problema profundo algunos. Pero éste no es el uso que de ellas hace la ética. Supongamos que yo supiera jugar al tenis y uno de ustedes, al verme, dijera: «Juega usted bastante mal», y yo contestara: «Lo sé, estoy jugando mal, pero no quiero hacerlo mejor», todo lo que podría decir mi interlocutor sería: «Ah, en-

tonces, de acuerdo». Pero supongamos que yo le contara a uno de ustedes una mentira escandalosa y él viniera y me dijera: «Se está usted comportando como un animal», y yo contestara: «Sé que mi conducta es mala, pero no quiero comportarme mejor», ¿podría decir: «Ah, entonces, de acuerdo»? Ciertamente no; afirmaríala: «Bien, usted *debería* desear comportarse mejor». Aquí tienen un juicio de valor absoluto, mientras que el primer caso era un juicio relativo. En esencia, la diferencia parece obviamente ésta: cada juicio de valor relativo es un mero enunciado de hechos y, por tanto, puede expresarse de tal forma que pierda toda apariencia de juicio de valor. En lugar de decir: «Esta es la carretera correcta hacia Granchester», podría decirse perfectamente: «Esta es la carretera correcta que debes tomar si quieres llegar a Granchester en el menor tiempo posible». «Este hombre es un buen corredor» significa simplemente que corre un cierto número de kilómetros en cierto número de minutos; etc. Lo que ahora deseo sostener es que, a pesar de que se pueda mostrar que todos los juicios de valor relativos son meros enunciados de hechos, ningún enunciado de hecho puede nunca ser ni implicar un juicio de valor absoluto. Permítanme explicarlo: supongan que uno de ustedes fuera una persona omnisciente y, por consiguiente, conociera los movimientos de todos los cuerpos animados o inanimados del mundo y conociera también los estados mentales de todos los seres que han vivido. Supongan además que este hombre escribiera su saber en un gran libro; tal libro contendría la descripción total del mundo. Lo que quiero decir es que este libro no incluiría nada que pudiéramos llamar juicio ético ni nada que pudiera implicar lógicamente tal juicio. Por supuesto contendría todos los juicios de valor relativo y todas las

proposiciones verdaderas que pueden formularse. Pero tanto todos los hechos descritos como todas las proposiciones estarían en el mismo nivel. No hay proposiciones que, en ningún sentido absoluto, sean sublimes, importantes o triviales. Quizás ahora alguno de ustedes estará de acuerdo y ello lo evocará las palabras de Hamlet: «Nada hay bueno ni malo, si el pensamiento no lo hace tal». Pero esto podría llevar de nuevo a un malentendido. Lo que Hamlet dice parece implicar que lo bueno y lo malo, aunque no sean cualidades del mundo externo, son atributos de nuestros estados mentales. Pero lo que quiero decir es que mientras entendamos un estado mental como un hecho describable, éste no es bueno ni malo en sentido ético. Por ejemplo, si en nuestro libro del mundo leemos la descripción de un asesinato con todos los detalles físicos y psicológicos, la mera descripción de estos hechos no encerrará nada que podamos denominar una proposición *ética*. El asesinato estará en el mismo nivel que cualquier otro acontecimiento como, por ejemplo, la caída de una piedra. Ciertamente, la lectura de esta descripción puede causarnos dolor o rabia o cualquier otra emoción; también podríamos leer acerca del dolor o la rabia que este asesinato ha suscitado entre otra gente que tuvo conocimiento de él, pero serían simplemente hechos, hechos y hechos, y no ética. Debo decir que si ahora considerara lo que la ética debiera ser realmente —si existiera tal ciencia—, este resultado sería bastante obvio. Me parece evidente que nada de lo que somos capaces de pensar o de decir puede constituir el objeto (la ética). No podemos escribir un libro científico cuya materia alcance a ser intrínsecamente sublime y de nivel superior a las restantes materias. Sólo puedo describir mi sentimiento a este propósito mediante la si-

guiente metáfora: si un hombre pudiera escribir un libro de ética que realmente fuera un libro de ética, este libro destruiría, como una explosión, todos los demás libros del mundo. Nuestras palabras, usadas tal como lo hacemos en la ciencia, son recipientes capaces solamente de contener y transmitir significado y sentido, significado y sentido *naturales*. La ética, de ser algo, es sobrenatural y nuestras palabras sólo expresan hechos, del mismo modo que una taza de té sólo podrá contener el volumen, de agua propio de una taza de té por más que se vierta un litro en ella. He dicho que, en la medida en que nos refiramos a hechos y proposiciones, sólo hay valor relativo, y, por tanto, corrección y bondad relativas. Permítanme, antes de proseguir, ilustrar esto con un ejemplo más obvio todavía. La carretera, correcta es aquella que conduce a una meta arbitrariamente determinada, y a todos nos parece claro que carece de sentido hablar de la carretera correcta independientemente de un motivo predeterminado. Veamos ahora lo que posiblemente queremos decir con la expresión «la carretera absolutamente correcta». Creo que sería aquella que, al verla, *todo el mundo* debería tomar por *necesidad lógica*, o avergonzarse de no hacerlo. Del mismo modo, *el bien absoluto*, si es un estado de cosas describable, sería aquel que todo el mundo, independientemente de sus gustos e inclinaciones, realizaría *necesariamente* o se sentiría culpable de no hacerlo. En mi opinión, tal estado de cosas es una quimera. Ningún estado de cosas tiene, en sí, lo que me gustaría denominar el poder coactivo de un juez absoluto. Entonces, ¿qué es lo que tenemos en la mente y qué tratamos de expresar aquellos que, como yo, sentimos la tentación de usar expresiones como «bien absoluto»,

«valor absoluto», etc.? Siempre que intento aclarar esto es natural que recurra a casos en los que sin duda usaría tales expresiones, con lo que me encuentro en la misma situación en la que se hallarían ustedes si, por ejemplo, yo les diera una conferencia sobre psicología del placer. En este caso, lo que harían sería tratar de evocar algunas situaciones típicas en las que han sentido placer. Con esta situación en la mente, llegaría a hacerse concreto y, de alguna manera, controlable todo lo que yo pudiera decirles. Alguien podría elegir como ejemplo-tipo la sensación de pasear en un día soleado de verano. Cuando trato de concentrarme en lo que entiendo por valor absoluto o ético, me encuentro en una situación semejante. En mi caso, me ocurre siempre que la idea de una particular experiencia se me presenta como si, en cierto sentido, fuera, y de hecho lo es, mi experiencia *par excellence*. Por este motivo, al dirigirme ahora a ustedes, usaré esta experiencia como mi primer y principal ejemplo (como ya he dicho, esto es una cuestión totalmente personal y otros podrían hallar ejemplos más llamativos). En la medida de lo posible, voy a describir esta experiencia de manera que les haga evocar experiencias idénticas o similares a fin de poder disponer de una base común para nuestra investigación. Creo que la mejor forma de describirla es decir que cuando la tengo *me asombro ante la existencia del mundo*. Me siento entonces inclinado a usar frases tales como «Qué extraordinario que las cosas existan» o «Qué extraordinario que el mundo exista». Mencionaré a continuación otra experiencia que conozco y que a alguno de ustedes le resultará familiar: se trata de lo que podríamos llamar la vivencia de sentirse *absolutamente* seguro. Me refiero a aquel estado anímico en el que nos sentimos inclinados a decir: «Estoy segu-



ro, pase lo que pase, nada puede dañarme». Permítanme ahora considerar estas experiencias dado que, según creo, muestran las características que tratamos de aclarar. Y he aquí lo primero que tengo que decir: la expresión verbal que damos a estas experiencias carece de sentido. Si afirmo: «Me asombro ante la existencia del mundo», estoy usando mal el lenguaje. Me explicaré: tiene perfecto y claro sentido decir que me asombra que algo sea como es. Todos entendemos lo que significa que me asombre el tamaño de un perro que sea mayor a cualquiera de los vistos antes, o de cualquier cosa que, en el sentido ordinario del término, sea extraordinaria. En todos los casos de este tipo me asombro de que algo sea como es, cuando yo podría concebir que *no* fuera como es. Me asombro del tamaño de este perro puesto que podría concebir un perro de otro tamaño, esto es, de tamaño normal, del cual no me asombraría. Decir: «Me asombro de que tal y tal cosa sea como es» sólo tiene sentido si puedo imaginármelo no siendo como es. Así, podemos asombrarnos, por ejemplo, de la existencia de una casa cuando la vemos después de largo tiempo de no visitarla y hemos imaginado que entretanto ha sido demolida. Pero carece de sentido decir que me asombro de la existencia del mundo porque no puedo representármelo no siendo. Naturalmente, podría asombrarme de que el mundo que me rodea sea como es. Si mientras miro el cielo azul yo tuviera esta experiencia, podría asombrarme de que el cielo sea azul y que, por el contrario, no esté nublado. Pero no es a esto a lo que ahora me refiero. Me asombro del cielo *sea cual sea su* apariencia. Podríamos sentirnos inclinados a decir que me estoy asombrando de una tautología, es decir de que el cielo sea o no sea azul. Pero precisamente no tiene sentido afirmar

que alguien se está asombrando de una tautología. Esto mismo puede aplicarse a la otra experiencia mencionada, la experiencia de la seguridad absoluta. Todos sabemos qué quiere decir en la vida ordinaria estar seguro. Me siento seguro en mi habitación, ya que no puede atropellarme un autobús. Me siento seguro si he tenido la tos ferina y, por tanto, ya no puedo tenerla de nuevo. En esencia, sentirse seguro significa que es físicamente imposible que ciertas cosas puedan ocurrirme y, por consiguiente, carece de sentido decir que me siento seguro *pase lo que pase*. Una vez más, se trata de un mal uso de la palabra «seguro», del mismo modo que el otro ejemplo era un mal uso de la palabra «existencia» o «asombrarse». Quiero convencerles ahora de que un característico mal uso de nuestro lenguaje subyace en *todas* las expresiones éticas y religiosas. Todas ellas *parecen, prima facie*, ser sólo *símiles*. Así, parece que cuando usamos, en un sentido ético, la palabra *correcto*, si bien lo que queremos decir no es correcto en su sentido trivial, es algo similar. Cuando decimos: «Es una buena persona», aunque la palabra «buena» aquí no significa lo mismo que en la frase: «Este es un buen jugador de fútbol», parece haber alguna similitud. Cuando decimos: «La vida de este hombre era valiosa», no lo entendemos en el mismo sentido que si habláramos de alguna joya valiosa, pero parece haber algún tipo de analogía. De este modo, todos los términos religiosos parecen utilizarse como *símiles* o *alegorías*. Cuando hablamos de Dios y de que lo ve todo, y cuando nos arrodillamos y le oramos, todos nuestros términos y acciones se asemejan a partes de una gran y compleja alegoría que le representa como un ser humano de enorme poder cuya gracia tratamos de ganarnos, etc., etc. Pero esta alegoría describe tam-

bién la experiencia a la que acabo de aludir. Porque la primera de ellas es, según creo, exactamente aquello a lo que la gente se refiere cuando dice que Dios ha creado el mundo; y la experiencia de la absoluta seguridad ha sido descrita diciendo que nos sentimos seguros en las manos de Dios. Una tercera vivencia de este tipo es la de sentirse culpable y queda también descrita por la frase: Dios condena nuestra conducta. De esta forma parece que, en el lenguaje ético y religioso, constantemente usamos símiles. Pero un símil debe ser símil *de algo*. Y si puedo describir un hecho mediante un símil, debo ser también capaz de abandonarlo y describir los hechos sin su ayuda. En nuestro caso, tan pronto como intentamos dejar a un lado el símil _y enunciar directamente los hechos que están detrás de él, nos encontramos con que no hay tales hechos. Así, aquello que, en un primer momento, pareció ser un símil, se manifiesta ahora un mero sinsentido. Quizá para aquellos —por ejemplo, yo— que han vivido las tres experiencias que he mencionado (y podría añadir otras) éstas les parezcan tener todavía, en algún sentido, un valor intrínseco y absoluto. Pero desde el momento en que digo que son experiencias, ciertamente son hechos; han ocurrido en un lugar y han durado cierto tiempo y, por consiguiente, son descriptibles. A partir de esto y de lo dicho hace unos minutos, debo admitir que carece de sentido afirmar que tienen un valor absoluto. Precisaré mi argumentación diciendo: es una paradoja que una experiencia, un hecho, parezca tener un valor sobrenatural. Hay una vía por la que me siento tentado a solucionar esta paradoja. Permítanme reconsiderar, en primer lugar, nuestra primera experiencia de asombro ante la existencia del mundo describiéndola de una forma ligeramente diferente; todos

sabemos lo que en la vida cotidiana podría denominarse un milagro. Evidentemente, es un acontecimiento de tal naturaleza que nunca hemos visto nada parecido a él. Supongan que este acontecimiento ha tenido lugar. Piensen en el caso de que a uno de ustedes le crezca una cabeza de león y empiece a rugir. Ciertamente esto sería una de las cosas más extraordinarias que soy capaz de imaginar. Tan pronto como nos hubiéramos repuesto de la sorpresa, lo que yo sugeriría sería buscar un médico e investigar científicamente el caso y, si no fuera porque ello le produciría sufrimiento, le haría practicar una vivisección. ¿Dónde estaría entonces el milagro? Está claro que, en el momento en que miráramos las cosas así, todo lo milagroso habría desaparecido; a menos que entendamos por este término simplemente un hecho que todavía no ha sido explicado por la ciencia, cosa que a su vez significa que no hemos conseguido agrupar este hecho junto con otros en un sistema científico. Esto muestra que es absurdo decir que la ciencia ha probado que no hay milagros. La verdad es que el modo científico de ver un hecho no es el de verlo como un milagro. Pueden ustedes imaginar el hecho que quieran y éste no será en sí milagroso en el sentido absoluto del término. Ahora nos damos cuenta de que hemos estado utilizando la palabra «milagro» tanto en el sentido absoluto como en el relativo. Voy a describir la experiencia de asombro ante la existencia del mundo diciendo: es la experiencia de ver el mundo como un milagro. Me siento inclinado a decir que la expresión lingüística correcta del milagro de la existencia del mundo —a pesar de no ser una proposición *en* el lenguaje— es la existencia del lenguaje mismo. Pero entonces, ¿qué significa tener conciencia de este milagro en ciertos momentos y en otros no? Todo



lo que he dicho al trasladar la expresión de lo milagroso de una expresión *por medio del lenguaje* a la expresión *por la existencia* del lenguaje, todo lo que he dicho con ello es, una vez más es que no podemos expresar lo que queremos expresar y que todo lo que *decimos* sobre lo absolutamente milagroso sigue careciendo de sentido. A muchos de ustedes la respuesta les parecerá clara. Dirán: bien, si ciertas experiencias nos incitan constantemente a atribuirles una cualidad que denominamos importancia o valor absoluto o ético, esto sólo muestra que a lo que nos referimos con tales palabras *no* es un sinsentido. Después de todo, a lo que nos referimos al decir que una experiencia tiene un valor absoluto es *simplemente a un hecho como cualquier otro* y todo se reduce a esto: todavía no hemos dado con el aná-

lisis lógico correcto de lo que queremos decir con nuestras expresiones éticas y religiosas. Siempre que se me echa esto en cara, de repente veo con claridad, como si se tratara de un fogonazo, no sólo que ninguna descripción que pueda imaginar sería apta para describir lo que entiendo por valor absoluto, sino que rechazaría *ab initio* cualquier descripción significativa que alguien pudiera posiblemente sugerir por razón de su significación. Es decir: veo ahora que estas expresiones carentes de sentido no carecían de sentido por no haber hallado aún las expresiones correctas, sino que era su falta de sentido lo que constituía su mismísima esencia. Porque lo único que yo pretendía con ellas era, precisa mente, ir más allá del mundo, lo cual es lo mismo que ir más allá del lenguaje significativo. Mi único propósito —y creo que el de todos aquellos que han tratado alguna vez de escribir o hablar de ética o religión— es arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra las paredes de nuestra jaula es perfecta y absolutamente desesperanzado. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. Lo que dice la ética no añade nada, en ningún sentido, a nuestro conocimiento. Pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría. ●

RAÍZ AL COEILLO



REPORTES DE VIAJES

HENRY CONSTANTIN FERREIRO

(Camagüey, 1984). Periodista, escritor y fotógrafo. Expulsado de los estudios de Periodismo en dos ocasiones, por motivos políticos. Único representante de Cuba en el II Concurso Hispanoamericano de Ortografía Bogotá 2001. Graduado del Curso de Técnicas Narrativas del Centro Onelio Jorge Cardoso. Miembro del Consejo de Redacción de la revista *Convivencia* (Pinar del Río). Dirige la revista electrónica *La Hora de Cuba*. En su blog (reportesdeviajes.wordpress.com) publica sistemáticamente sus anotaciones sobre periplos por la «tierra adentro» de Cuba, pueblos, comarcas y paisajes de una interioridad real y cuyo conocimiento escapa a la mayoría de los propios cubanos.

VIAJE A UN CORAZÓN DE CUBA

Después de pensar en las montañas cubanas, noto que tengo una obsesión tremenda con el Escambray, en el centro de la isla. Que me fascina mucho más que la célebre Sierra Maestra, la cordillera que ayudó a terminar una dictadura y vio nacer otra. Que no me importa si es más bajito el Pico San Juan que el Pico Turquino. Nada de eso me convence. Yo me quedo con el Escambray, que es donde me he sentido más libre, cada vez que recuerdo lo difícil que es obtener permisos para visitar la Sierra Maestra o las advertencias de cuán militarizado está el Macizo Nipe-Sagua-Baracoa —es como si fueran cordilleras presas, y el Escambray, aunque perdió su guerra, hubiera quedado libre.

Cada vez que visito Guamuhaya —nombre oficial e ignorado del Escambray— siento entre sus lomas cierta frustración por toda la libertad que allí terminamos de perder, por los muertos de los dos bandos, por los guerrilleros y los alfabetizadores, por los colaboradores de los alzados y los informantes del gobierno, por los campesinos reconcentrados contra su voluntad —no en la guerra mambisa sino en los sesenta— y por los milicianos que pelearon por la causa del poco pan y la ninguna libertad. No los creo equivalentes en metas o ideas, ni ahora procuro entenderlos o perdonarles sus errores: no me atrevo a tanto. Simplemente me duelen.

Como me duelen ciertos sitios demasiado crueles con la verdad. Hace años recorrí con indignación el trinitario Museo de la Lucha contra esos rebeldes a los que el enemigo les puso bandidos porque peleaban por su libertad con la misma dureza con que habían peleado los de la Sierra, un museo repleto de historia manipulada y odio. Le

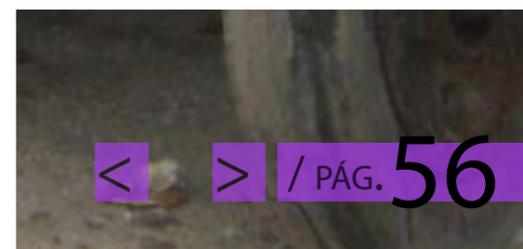


debo un paseo a La Campana, el antiguo campamento y hoy museo donde fusilaron a tantos cubanos prisioneros —¿a cuántos por fin?, ¿publicarán la cifra algún día los de aquí?

Y le debo muchas páginas al comandante Eloy Gutiérrez Menoyo, que fue hombre de armas antes de convertirse en un afable hombre de paz, y que conocí, ya anciano en su apartamentico de San Agustín en La Lisa, lleno de ideas y de resquicios ocultos de nuestra historia, atrincherado en su férrea voluntad de cambio con respeto y diálogo. Aunque la facilidad con que los hombres de esta isla han ido a la guerra me asombra, y miro con cierta desconfianza tantas antiguas violencias nuestras convertidas en mitos respetables —qué mal ejemplo para nuestros hijos en las escuelas si queremos enseñarlos a resolver sus problemas con paz, qué trago amargo para nosotros los que queremos cambiar este país sin golpear y no tenemos historia cubana de donde asirnos— lo que ocurrió en el Escambray me confunde.

Claro que fue una guerra, y como sucede siempre, todos los bandos tuvieron manchas. Seguro que hubo víctimas, por no ser suficientemente anticomunistas, o por no ser suficientemente comunistas. Eso es lo malo de las guerras, que no importa el ideal que defiendan, terminan salpicando sangre. Pero al menos quedó la evidencia de la tanta gente que entendía la palabra libertad, y que se lanzó en batalla casi suicida para conseguirla. En el Escambray, mirando las lomas y las cañadas de los arroyos, se me quita un poco la vergüenza de amar un país acostumbrado a llevar la cabeza agachada, y decir que sí cuando piensa que no.

A lo mejor en otros posts hablo de la infinita cascada de Guanayara —la más alta de la región y la más bella de Cuba—, de un templo



que la naturaleza se hizo a sí misma: El Nicho —solo por quedarme ahí cerca me habría metido en peleas por esas montañas—, de cómo me discriminaron por ser fotógrafo cubano ante el embalse de Jibacoa, y de los 5 CUC que el estado y La Gallega querían cobrarme solo por armar mi casa de campaña. A lo mejor otro día. Hoy no quería hablar de cercanías con la naturaleza. Hoy quería hablar de cercanías con la libertad.

EL PARAÍSO EN LA OTRA ESQUINA...

La carretera atraviesa el río, que baja como una escalera verde tallada en medio de las montañas. El agua avanza a ritmo distinto: primero por una pendiente de roca alisada, larguísima y ancha, que se estrella contra unas cuantas peñas. Detrás, infinidad de pequeños saltos de agua y pocetas gélidas hasta en verano, a las que puede bajarse siempre desde la orilla si se tiene buen equilibrio. Hay rincones en el río para todo: para competencias de nado y de inmersión, para saltar de la altura que menos vértigo le dé a uno, para esconderse con la muchacha amada y confundirla con una náyade desnuda... Hay un salto elevadísimo, que tiene su propia leyenda: tan alto es que quien se atreve a tirarse tiene tiempo de pedir tres deseos antes de tocar el agua, y aseguran que, al caer, si roza el fondo con la punta de los pies, verá cumplido todo aquello que pidió.

En Cuba, no hay otro río como este. Y en el caserío que se desparrama a medio kilómetro la gente vende platanitos, peras de cáscara roja que en pocos rincones de la isla pueden verse, aguacates, batidos de guayaba con leche de vaca (esta aclaración es

para los maltratados paladares del viajero cubano), o brinda, a cambio de “lo que usted quiera” si es cubano, darle un paseo en bote de remos por el estirado lago Hanabanilla, cuyos lejanos extremos, Guanayara y Hanabanilla, son otros paraísos de esplendor natural. Llegan muchos visitantes, y la mitad del río que corresponde a su nacimiento está encerrada en un área turística con cobro en la puerta; por suerte, a los cubanos solo se les exige una bagatela.

Los lugareños son personas sencillas pero acogedoras. En otro lugar, la marea turística ya hubiera anulado el sentido de hospitalidad. Con ellos se puede hablar confiadamente, como si fuesen nuestros vecinos de toda la vida, y anuncian sin titubear cuántos miles de visitantes hubo el último año, dónde hay cuevas y manantiales, o en qué partes del lago se cogen las mejores truchas. Solo se les ensombrece la conversación si se les pregunta por Guanayara, el único sitio que rivaliza en belleza con El Nicho, y a los viejos nacidos en el Escambray, cuando se les habla de la guerra que hubo en los sesenta: entonces cambian la mirada y les salen las palabras como pedradas que no se atrevieran a lanzar.

El regreso fue de película. De película cubana, no de Hollywood. Tuvimos que hacerle guardia desde las 4 de la mañana al camión-bus que llega hasta allá arriba, y después seguimos hacia el norte, buscando la Autopista. Pasamos por Cumanayagua de nuevo, y por Manicaragua (casi hay que tomar un curso de siboney o de taíno para pronunciar estos nombrecitos), y a las diez ya estábamos en un cruce de la Autopista cerca de Santa Clara. Paisaje del lugar, el acostumbrado: amarillos y policías de esos que disfrutan saludar a los choferes.





Por suerte, a las tres de la tarde un guagüero de bolsillo voraz se detuvo. Reconocí su rostro. ¡Sesenta pesos hasta Camagüey! Dos ancianos que ya habían subido tuvieron que bajar. Nosotros contamos: nos alcanzaba solo para uno, y éramos tres. Miré al rostro del hombre: «Compadre, ¿tú no vives por La Vigía?» El chofer, descubierto, me miró: dame lo que tengas, y siéntense por allí. Antes de que se hiciera de noche ya estaba abriendo la puerta de mi casa.●

JARDINES INVISIBLES



POESÍA EN HOMENAJE AL MÁS CERCANO AMIGO

La presente selección de poesía en homenaje a Raúl Hernández Novás (1948-1993) es indicio sólo de la vitalidad y compañía de El Gigante, lírico imprescindible, en las (re)generaciones literarias, a veinte años de su muerte.

No buscamos decantar los mejores versos provocados por la estatura de su memoria, intención que llevaría otro tiempo y ameritaría quizás un libro, pero tampoco asistimos a un truco de sobrevivientes nostálgicos, pues muchos de los aquí reunidos ni siquiera pudimos conocerlo. A través del fuerte vínculo de sangre de las palabras, Novás, el Poeta, sigue siendo el más cercano.

FRANCIS SÁNCHEZ

VENTANA DEL SUICIDA

Ha empezado la lluvia
gris acordeón del último domingo
estruendo de estas gotas que perforan mi cráneo.
Desde aquí la contemplo
esta ventana es corta para tanta hojarasca
y me crujen los huesos.
Ha empezado la lluvia y no me pertenece
se rompe en las baldosas y salpica
nube que pasa y se detiene apenas.
Duele el sueño en los huesos y no salgo
no me deja esta lluvia.
Después será mi sed de caracoles
la pupila del cuervo sobre tanto abandono
isla que apesta con su solo lenguaje.
Tengo las manos limpias
pero eso ya no importa.
Sopla un viento pesado y el polvo se levanta
no alcanzo la montaña que me ofrecen.
Sólo el amigo acuna mi grito cada noche
es demasiado ronco el viento que nos carga
y nadie nos escucha.
Ha empezado la lluvia
es mentira el camino
sólo el amigo sabe.

ODETTE ALONSO

(Santiago de Cuba, 1964. Reside en México)



MA, DOVE VAI?

Qué hará Raúl frente a las olas si no es un niño,
ni una gaviota,
y tiene las manos heridas por la noche.
Adónde va con su sangre a tocar la lejanía.
En qué muchacha si no es marinero,
si el desamparo lo cubre,
y el viento asemeja un halcón inolvidable.
Cómo va a volar Raúl,
tras cuáles pájaros de la noche
casi máscaras para cubrirnos las penurias.
En qué barca se ha de echar
si él no sabía
si era el paso de su madre
o un eco de palomas transidas por la gloria.

De su equilibrio,
de su cuerpo como un pan de ceniza,
de cuáles manos va a caer la pedrada interminable.

La muerte no es un juego,
y él tiene los pies hundidos en el agua,
y los ojos, y las manos.
Qué fresco nocturno es este que no escucha
los gemidos del hombre arrodillado frente al mar,
cayendo
en un eco denso,
segado por las sombras.

OTILIO CARVAJAL

(Chambas, 1968. Reside en Santa Clara)

EL QUE IBAS A SER ESTÁ ESPERÁNDOTE

Raúl H. Novás
el que ibas a ser nada tiene que ver
con tu nombre, ni tu país.
nadie podrá imaginarse el por qué desafías
a los guardianes y vas en busca de la noche lóbrega
como un equilibrista. pudiera no resultar
el signo de piedad que te envuelve.
por el díscolo paisaje ya no serás el caminante,
ni la tormenta, ni el sendero que se deja
en el convivio de Dios.
presiento que indelebles cuerpos te ocultaran
de la mañana venidera. instruyo cierta belleza
en aquellos grabados, en el agua tártara.
el que ibas a ser nada tiene que ver
conmigo, quizás eres un personaje de Dostoievski
o la sombra de un comenzar por la forma extraña
en que miras al geranio, el veraniego paisaje,
la máquina en desuso. ahora que el guardián
recuperó las llaves del montículo,
no mires las ruinas del país, no comprometas
tu estirpe. el guardián es también un hombre como tú,
quizás más hermoso que un joven jónico
cuando regresa de la contienda.
admito que en el camino de la sierpe
hay nogales y aves exóticas.
/ el que ibas a ser está esperando simplemente el turno.

LUIS MANUEL PÉREZ BOITEL

(Remedios, 1969)

PALABRA DE GELSOMINA

Vací una a una las cajas,
y hasta la mayor, la azul.
¿Dónde te asfixias, Raúl,
en qué filos de navajas?
¿No vas a usar las barajas
sopladas bajo el castillo?
Habla ahora, monaguillo
de ojos griegos, vuelve aquí
antes de que el colibrí
se nos duerma en el gatillo.
Hiere el templo acompasado
por bonetes y escarcelas.
Puesto de pie en tus cautelas
Dios juega a lanzar el dado.
¿Por cuál torre me has trocado,
noble alfil de paso negro?
Desnuda, al aire me integro.
El dado inmóvil se oculta.
Llueve sobre mí insepulta
la noche como tu allegro.

FRANCIS SÁNCHEZ
(Ciego de Ávila, 1970)



/ PÁG.

62





EL PERSEGUIDO

A Raúl Hernández Novás, in memoriam.

Nunca iré desprovisto de mi sombra
a los sitios sagrados de la vida
por donde pasa el tiempo y no me nombra
como si fuera yo un vulgar suicida.

A nadie le daré razones puras
para crearme un hombre sin amigos
pero al viento reclamaré testigos
visionarios de mis verdades duras.

Cada día estaré prendido al verso
junto al agua en la piel del universo
conquistando las alas del paisaje.

Yo jamás temeré a que me castiguen
porque en el fondo sé que me persiguen
como un ciego juglar sin homenaje.

SENÉN ORLANDO PUPO
(Fray Benito, Holguín, 1973)



RAMMAS ADENITRO



NOVÁS COMO UN ÁRBOL

Al comienzo de todo, fue sembrado el árbol.

*Al comienzo de todo lo que no tiene comienzo, el árbol fue regado
/por la lluvia y la sangre.*

Y los vientos marinos y los vientos de tierra lucharon con el árbol.

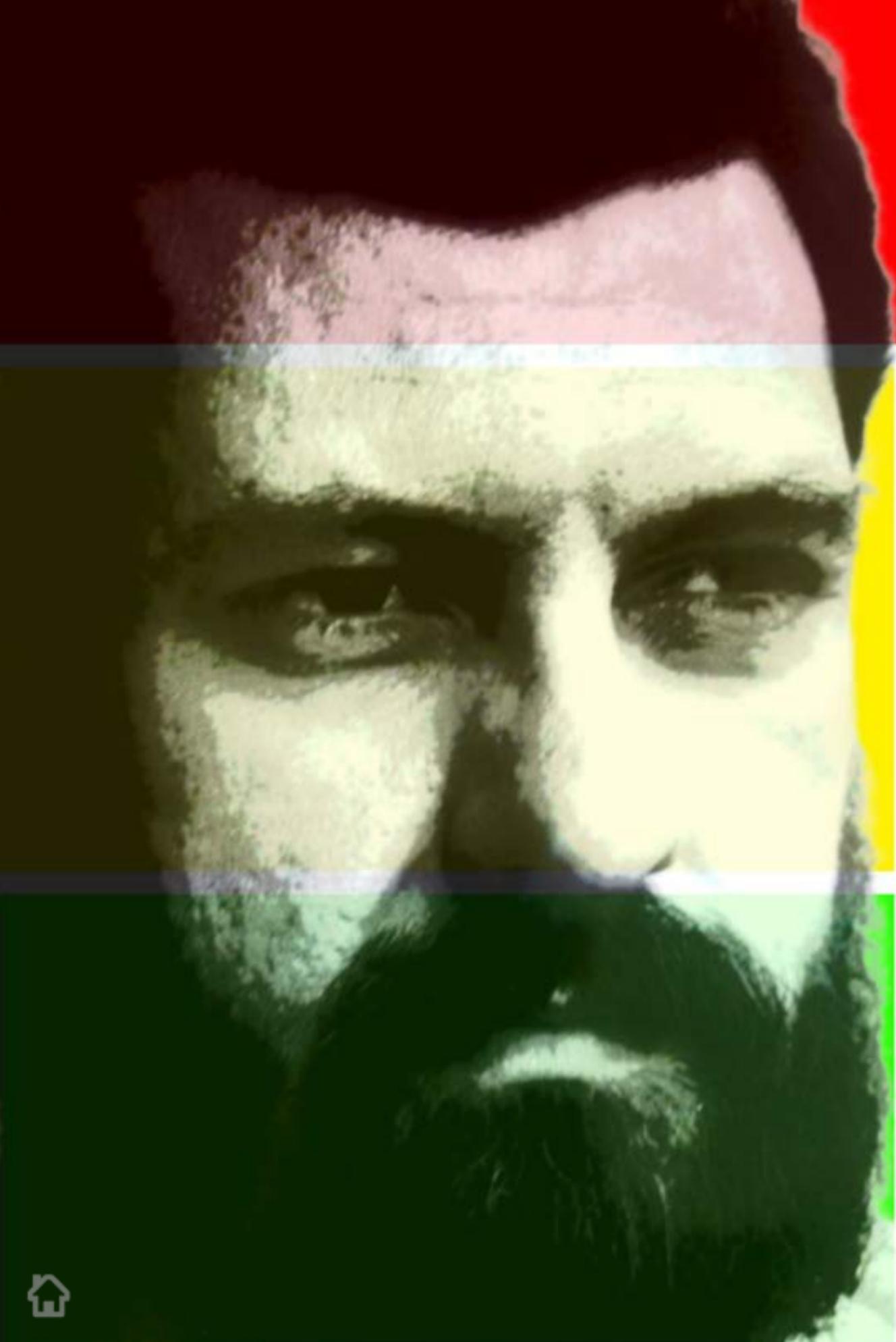
Pero aún sigue el árbol guardando las fronteras del desierto.

R. H. Novás

En este año 2013, la llegada al veinte aniversario de la trágica desaparición física de Raúl Hernández Novás (nacido en La Habana el 1 de agosto de 1948) ha sido una oportunidad de volver la mirada hacia su obra y homenajear al autor de *Sonetos a Gelsomina*. Oportunidad que lamentablemente pasaron por alto la mayoría de las instituciones y publicaciones cubanas. El tiempo se va rápido y, cuando venimos a darnos cuenta... ya transcurrieron dos décadas desde aquel trágico 12 de junio de 1993, cuando puso fin a su vida con un disparo.

A propósito, una selección de poemas en recordación del gran lírico se publicó como extensión precisamente de nuestra revista *Árbol Invertido*, y fue presentada en el marco de un sentido homenaje que se efectuó entre los días 4 y 5 de agosto, por iniciativa de los realizadores de las revistas culturales *Vivarium* (La Habana) y *Videncia* (Ciego de Ávila).

Un «Encuentro W» se llamó al evento, en referencia a las iniciales de los títulos de ambas publicaciones. Desarrollado en la casa sacerdotal San Juan María Vianney y gracias también al co-auspicio de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y la Casa de las Amé-



ricas, incluyó el panel teórico «Al más cercano amigo: Raúl Hernández Novás 20 años después», que contó con la participación de los intelectuales Ivette Fuentes de la Paz, Ileana Álvarez, Enrique Saíenz, Doribal Enríquez y Francis Sánchez. Además, se presentaron los números de *Videncia* y *Vivarium* dedicados a la Virgen de la Caridad del Cobre por el cuatrocientos aniversario del hallazgo de su imagen en la bahía de Nipe.

Varios medios digitales cubrieron lo allí ocurrido: «Este último [Francis Sánchez] —poeta, ensayista, investigador y editor avileño— es autor de la antología *Poesía en homenaje al más cercano amigo*, que fue presentada en ese contexto, y recoge a diferentes generaciones de poetas insulares que, de una manera u otra, han rendido tributo a Hernández Novás», publicó el periodista Jesús Dueñas Becerra en el sitio web de Cubaliteraria el 6 de agosto de 2013, y añadió: «Los ponentes no solo destacaron los valores literarios que estructuran la prolífica obra de este creador, pues según el criterio sustentado por los disertantes, Hernández Novás fue, y es, uno de los poetas más intensos de su tiempo, además de ser uno de los escritores cubanos que mayor comunión estableció con la lírica de la Isla. También abordaron su trayectoria biográfico-artística».

Según el mismo Dueñas Becerra, en otra nota, aparecida en el portal digital de la UNEAC: «Enríquez Saíenz, quien fuera su amigo del alma —para ilustrar su intervención— leyó el poema de Hernández Novás “Muerte de un payaso”, y reseñó desde una óptica objetivo-subjetiva las implicaciones que tiene dicho poema, mientras que la carismática artista Emilia Morales musicalizó e interpretó, acompañada por el maestro Silvio Tarín, un poema de Raúl...»

El pequeño cuaderno-homenaje aludido [del que se reproduce una parte en este número de *Árbol Invertido*, en la sección «Jardines invisibles»], contiene el siguiente crédito en contracubierta:

La separata *Poesía en homenaje al más cercano amigo* es una edición especial de *Árbol Invertido*, «revista literaria de tierra adentro» (Ciego de Ávila, Cuba, *II Época*, no. 57, enero-abril, 2013), como tributo a Raúl Hernández Novás en el vigésimo aniversario de su muerte. Incluye poesía cubana de múltiples generaciones. Esta publicación no tiene fines lucrativos. Para reproducir las obras debe contarse con la aprobación de sus autores. En contracubierta: detalle de la fachada del edificio donde viviera R. H. Novás. Edición y realización: Francis Sánchez.

Ivette discurrió sobre las imágenes de la luz en la poesía novasiana y Francis leyó «Novás, muerte y religión», capítulo de un libro inédito dedicado a quien no pocos consideran el más importante poeta entre todas las promociones surgidas en Cuba después de 1959. Poeta, sin embargo, con buena parte de su obra inédita y que aún espera, como en las tierras de introspección donde siempre vivió, por las iluminaciones de lecturas amorosas. ●

